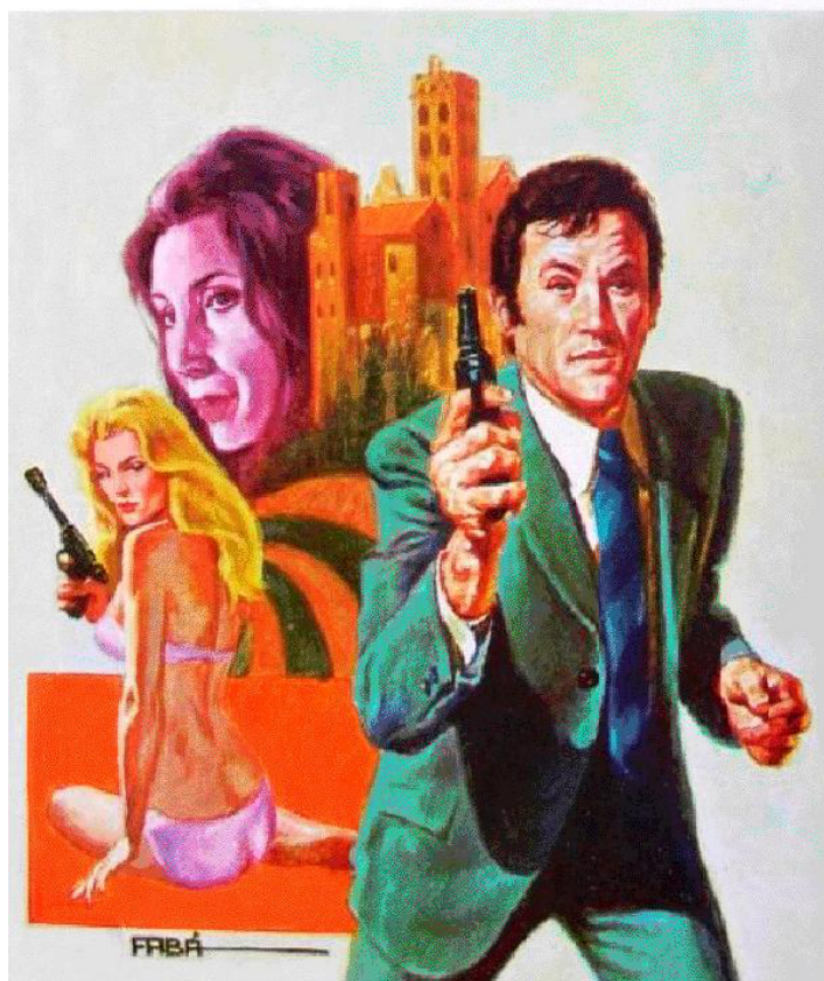




lo sabian tres

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LO SABÍAN TRES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 665
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 47.067 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1975

© VIC LOGAN - 1975

texto

© DESILO, 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.270 — Misión en solitario.

En Colección PUNTO ROJO:

662 — Un muerto en mi cama.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En colección BISONTE SERIE AZUL

207 — Como lobos hambrientos

En Colección COLORADO:

877 — La muerte visita Wyoming.

CAPÍTULO PRIMERO

Los titulares de la prensa, merecieron honores de primera página en el mundo entero:

«AUDAZ ROBO DE 100 MILLONES DE FRANCOS»

Fue un robo extraño y singular porque desde el primer momento se supo el nombre de su autor:

«JULIEN DECAUX»

Julien Decaux, empleado de la Societé Générale, había sido el autor. El solo. Sin ningún ayudante material.

—Julien Decaux era amigo mío —explicaba Marc a su bella acompañante Verónica, cerca de la frontera española en Le Perthus.

—¿Te propuso que colaboraras con él? —preguntó Verónica observando el cementerio a la derecha de la carretera y cruzando los dedos supersticiosamente—. No. Julien quiso hacer un alarde de inteligencia. Demostrar su valía. Lo único que me dijo es que preparaba algo sonado.

—Pero se había despedido del Banco.

—El día anterior. Es decir, el mismo día que efectuó el robo. Algunos le despedimos con unas copas de champaña. —Y Marc sonrió meneando la cabeza de un lado a otro—. Pero a ti te dijo algo... —insistió ella encendiendo un pitillo.

—Nada en concreto.

—Pero... sospechaste...

—¿Cómo podía sospechar que iba a limpiar la caja?

Tras un silencio, ella, después de exhalar una bocanada de humo, exclamó:

—De poco le ha servido. ¿No crees?

—A él quizá no..., pero a nosotros... —sonrió—. Al menos nos

tomaremos unas vacaciones.

—En invierno y en la costa —murmuró ella.

—Las vacaciones siempre son bienvenidas y ahora, en este tiempo es cuando la costa me gusta más. Todo está solitario. ¿Sabes que a la Costa Brava la llaman la costa de los franceses?

—Bueno. Ahora estaremos solos. Y lo pasaremos bien...

—Marc —dijo ella de pronto—. ¿Crees que el alemán no sabe nada?

—¿Eh? —inquirió él, distraído observando una pareja de policía francesa motorizada.

—El alemán... Ese castillo o lo que sea donde vamos... Es propiedad de un alemán, ¿no?

—Sí, querida, pero no es ningún castillo. Es un antiguo cenobio benedictino. Un alemán compró el terreno e hizo edificar sobre las ruinas. *Herr* Bretchmann. Un tipo simpático. Ya verás...

—¿Y no sabe nada?

—¿Del... bueno... de nuestra misión?

—Sí, claro. Pregunto si ese *herr* Bretchmann está enterado de por qué vamos a su casa. —No, Verónica. Lo que vamos a hacer a ese sitio sólo lo sabemos tú y yo. ¿Comprendes? Métetelo en la cabeza. Sólo lo sabemos dos personas. Nadie más.

CAPÍTULO II

No habían tenido la menor dificultad en cruzar la frontera. Llevaban las cartas de identidad en regla, y el escaso tránsito les permitió pasar sin apenas detenerse.

—¡Allez, allez! —Habían dicho los gendarmes acompañando sus palabras con gestos de que siguieran. La policía aduanera española también les indicó que siguiera adelante.

Verónica recordó el gran golpe de la Sociedad General de Banqueros, según resumen de los periódicos:

«Julien Decaux, el audaz ladrón de los cien millones de francos, se hizo con los servicios de un camionero, propietario de un vehículo TIR...»

La muchacha quiso imaginar la forma cómo se produjo el atraco...

Julien, hombre joven, apuesto, dinámico y simpático había conseguido la triple combinación necesaria para abrir la caja fuerte de la sociedad.

Tras un año de laboriosos trabajos, consiguió idear el sistema electrónico para anular el cierre controlado de la puerta de la cámara, y tras lograr su empeño, provisto de las tres combinaciones necesarias «que únicamente conocían» tres personas distintas, se introdujo en el interior de la cámara, provisto de las valijas necesarias para depositar todo el dinero...

Marc, la interrumpió sus pensamientos recordándole:

—Después de la fiesta de mediodía, Julien fingió irse, pero lo que hizo en realidad fue esconderse en el Banco. No sabemos dónde, pero lo cierto es que se escondió. Quedó encerrado en el Banco y cuando tuvo la certeza de hallarse solo, penetró en la caja.

—¿Y los vigilantes?

—Éter. Utilizó éter. Los durmió. Luego salió tranquilamente utilizando una de las llaves de la puerta de emergencia que consiguió de uno de los vigilantes dormidos. Tenía el coche preparado en un aparcamiento cercano y a las tres de la madrugada no tuvo la menor dificultad en ser visto.

—¿Las tres? —Hizo repetir ella.

—Sí. Los vigilantes habían marcado cinco minutos antes. La hora quedó establecida entre las dos cuarenta y cinco y las tres. No necesitaba más tiempo para llenar las valijas.

—Total, cien millones de francos nuevos —murmuró ella.

—Libres de impuestos —sonrió Marc.

Ella continuó pensando. En la huida. Una huida plácida. Luego, siempre según los periódicos, se metió con el automóvil en el interior del camión TIR.

Se arriesgó a pasar la frontera y le salió bien. Luego cometió una tontería. La única.

Llamó a Dorien, su novia:

«Soy inmensamente rico. Ven a reunirme conmigo en el hotel Crepúsculo de Palamós».

Fue un error porque Dorien sintió más miedo que escrúpulos. Todo el mundo sabía que había sido Julien el autor del robo. Lo sabían por la tarjeta que había en la caja:

«Soy más listo que ustedes. Apuesto a que jamás me encontrarán. Felices comentarios: »*Julien Decaux*».

Dorien lo dijo a su mejor amiga: Verónica. Y ella le aconsejó que hablara con el director de la compañía aseguradora del Banco que era además filial de la misma.

Dorien y Verónica trabajaban en la misma compañía. Así se dio la noticia:

«JULIEN DECAUX ESTA EN ESPAÑA»

Esto ocurría al segundo día.

La policía se movilizó.

CAPÍTULO III

Marc aminoró la marcha de su «Peugeot» y miró el indicador de carretera.

—Es por ahí —dijo.

—¿Vamos directamente al castillo? —preguntó Verónica.

—No. Primero iremos a un hotel. Es muy tarde —consultó el reloj—. Las nueve de la noche. No sería elegante importunar a *herr* Bretchmann a estas horas. Los alemanes cuando no beben se acuestan pronto.

El «Peugeot» siguió por la ruta secundaria y Verónica siguió pensando.

Pensó en cómo había sido relativamente fácil encontrar el camión TIR abandonado en la carretera española, en un camino vecinal. Vacío.

Se averiguó por supuesto el nombre del propietario. Era un particular que poseía tres vehículos del mismo tipo; un español medio alemán llamado Kluter.

El tal Kluter ignoraba lo ocurrido. El tenía contratados a los conductores que realizaban el transporte y sólo pudo decir el nombre del que manejaba el vehículo utilizado por el atracador.

Se comprobó que el chófer en cuestión, había abandonado la carga cerca de Marsella y que no había vuelto por ella.

Se pensó con lógica que al conductor le había interesado más el dinero que debió ofrecerle el ladrón para dejarle pasar la frontera camuflado dentro del TIR.

La policía francesa se puso en acción y encontró algo...

Los periódicos informaron de ello al tercer día del robo:

«El camionero del TIR ha sido hallado asesinado en un precipicio cerca de la frontera.

»Se trata del hombre que conducía el vehículo que

se halló abandonado en un camino vecinal en territorio español».

—O sea —recordó la muchacha en voz alta— que Julien Decaux tras contratar los servicios de ese camionero lo mató antes de pasar la frontera, luego lo despeñó por el barranco y se las arregló para precintar de nuevo el camión, ocupar el puesto del chófer y continuar hacia España.

—Así es —asintió Marc.

—Y una vez en España, abandonó el camión, abrió la caja, sacó su propio coche y siguió la ruta hasta Palamós.

Marc volvió a asentir.

Verónica volvió a pensar en Dorien, la novia y amiga de Julien Decaux.

Ella era la única que había recibido noticias del ladrón y aconsejada por la propia Verónica avisó al director de la compañía aseguradora.

—Ni una palabra a nadie de esto. Confío en ustedes —había pedido el de los seguros.

—¿Avisará a la policía? —inquirió Verónica.

—Éste es un asunto en el que hay que andar con mucha cautela. Prefiero, de momento, confiar en los servicios de un detective privado.

El detective privado elegido por el señor Durand no podía ser otro que Luc.

El nombre de Luc tenía un especial atractivo para Verónica. La razón era obvia. Se querían. Probablemente se casarían.

Siguiendo esas huellas, Luc se dirigió primero al hotel Crepúsculo y posteriormente a una pequeña villa marinera más al norte, alojándose en el hotel Unión.

Su misión, en primer término, era seguir a Decaux y averiguar dónde había ocultado el dinero.

Pero las cosas sucedieron de un modo extraño...

Los fatalistas opinaron que el Destino había tomado cartas decisivas en el asunto, erigiéndose en principal protagonista y poniendo punto final al caso.

CAPÍTULO IV

Marc aminoró la marcha del coche al llegar a la población.

—Esto no es Palamós —dijo Verónica.

—No. No tenemos por qué ir. Aquí estaremos bien y está cerca de nuestro destino —repuso él.

El lugar, eminentemente veraniego, ahora en pleno invierno ofrecía un aspecto absolutamente solitario. Unicamente brillaban las luces de las casas de los lugareños.

La luz de un pequeño hotel cerca del mar, oscurecido por una noche negra era el único punto de referencia.

—Hotel Unión. Es allí —dijo Marc dirigiendo el «Peugeot» hasta la explanada frente al hotel.

—¡Qué frío! —exclamó ella al salir del coche.

—Es ese viento del norte —sonrió él—. Dentro hay calefacción.

Corrieron ambos hasta el vestíbulo del hotel. Marc se detuvo un momento:

—Espera.

Regresó, abrió la puerta delantera del coche y abrió la guantera donde tenía una pistola. La tomó y se la guardó en el bolsillo del abrigo que llevaba en el brazo.

—Bueno. Ya está. Entremos —dijo a la muchacha.

El hotel de mediana categoría daba la sensación de hallarse vacío. Por lo menos no había nadie en el *hall*. Apareció un muchacho con un jersey que en plena temporada seguramente ocupaba plaza de botones y observó a los recién llegados:

—¿Qué desean?

—Habitación... —dijo Marc en francés.

—¡Oh! *Oui, monsieur, dames...* En seguida. *Tout suite...*

—Puedes hablar español, muchacho. Anda, date prisa. Quiero tomarme un baño y la señorita también.

Les atendió un hombre sin afeitarse:

—Perdonen. No esperábamos clientes. En estos tiempos... Bueno... ¿desean una habitación, eh? ¿Cama grande o dos camas?

—Dos habitaciones —aclaró Verónica antes de que él pudiera hablar.

Marc se encogió de hombros resignado.

—Bueno. Dos habitaciones. Con baño. ¿Agua caliente, verdad? —Siguió Marc.

—12 y 14. Primer piso. Son dobles, pero les haremos un precio especial. ¿Pasarán muchos días?

—Solamente esta noche... —sonrió ella y añadió—. Nos dirigimos a... la casa de *herr* Bretchmann.

El propietario del hotel frunció en entrecejo. Luego miró de arriba abajo a la pareja.

—¿Nos hemos equivocado de lugar, Marc? —inquirió ella.

Su acompañante negó con la cabeza.

—No. La posesión de *herr* Bretchmann está relativamente cerca. ¿Verdad, señor?

El hotelero no contestó. Se limitó a decir al muchacho:

—Acompáñales. ¿Traen equipaje?

Marc dejó las llaves del coche sobre el mostrador mirando al mal encarado hotelero.

—En la maleta del coche. Súbanlas.

—Por aquí, señores —dijo el muchacho—. Luego les subiré el equipaje.

Por la escalera que conducía al primer piso, Verónica murmuró:

—Qué extraño... No te ha contestado cuando le has nombrado a Bretchmann...

Marc dio una propina al chico y preguntó:

—¿Tú sabes algo de ese alemán?

—¿Qué alemán?

—Bretchmann —insistió Marc.

—No, señor... Bueno. Dicen que es muy raro..., antipático —repuso el muchacho—. Yo no le conozco. Creo que nadie le conoce... Buenas noches, señores... Les traeré el equipaje.

El muchacho salió de prisa hacia la escalera. Marc se dirigió a la puerta de la habitación de Verónica y preguntó:

—¿Piensas pasar la noche sola?

—Venimos para una misión, Marc. Ahora pienso bañarme...

—Está bien. Date prisa. Iremos a cenar. Aún hay tiempo. En España se cena tarde.

El chico regresó con el equipaje y al dar la valija a Marc, murmuró:

—No hablen mucho de ese alemán aquí. ¿Eh? —Y le guiñó un ojo.

CAPÍTULO V

Marc y Verónica cenaron en un restaurante del pueblo. No había nada especial. Comida casera.

—En verano tenemos más variedad, pero en confianza, ahora comerán mejor... Pescado fresco. Lo han traído esta mañana, antes de que empezara la tramontana... La ensalada también está bien. ¿Quieren pollo de los de antes?

La patrona era simpática. Marc pidió un buen vino.

—Perelada. Hay que hacer país ya que estamos en la acogedora España:

—Ésta es la mejor época. Podemos atender mejor —siguió la patrona—. ¿Se quedarán mucho tiempo?

Marc guiñó el ojo a la muchacha y dijo significativamente.

—No. Estamos invitados a la casa de *herr* Bretchmann.

La patrona trocó su sonrisa por una actitud adusta, casi agresiva.

—Ya... Bueno. Si quieren algo más ya lo pedirán. Que aproveche.

Se acababa de romper la cordialidad.

—¿Qué pasa con ese Bretchmann? —murmuró Verónica al cabo de unos segundos de silencio.

—Sencillamente. Es persona «non grata» —repuso Marc.

—¿Por qué?

Marc se encogió de hombros.

Cuando la patrona les sirvió los postres, se mostró igualmente adusta y Verónica murmuró:

—Parece que al haber nombrado a ese alemán hayamos mentado al diablo.

—Son rarezas de pueblo —sonrió él.

Y luego, al terminar, añadió:

—Verás que cuando le deje una buena propina volverán las sonrisas.

Pero Marc se fastidió porque tras dejar una generosa recompensa por el servicio recibió simplemente un escueto:

—Gracias.

La noche no invitaba a pasear, aunque Verónica iba bien abrigada con un chaquetón de pieles y podía resistir bien el aire frío del norte.

No obstante anduvieron por el corto paseo lindante con la playa en dirección a la luz de un bar.

—Allí tomaremos café. A menos que prefieras bañarte.

Ella sonrió ampliamente.

—¡Estás loco!

—La noche es joven y bella...

Empezó a danzar metiéndose entre la arena y hasta dio una voltereta.

—Estás loco —replicó ella riendo.

—Anda, ven —gritó Marc.

—No. ¡Vamos a tomar café!

—La noche es joven y bella —siguió gritando Marc y el viento ahogaba sus palabras. El ulular era continuo y el mar no podía verse por la negrura, ni oírse siquiera porque el aire ahogaba los bramidos del oleaje.

Pero Marc seguía riendo, riendo y dando volteretas.

Ella también soltó una carcajada al tiempo que exclamaba:

—Eres un chiquillo. ¡Vamos, date prisa! Nos tomarán por locos...

—A los extranjeros les está permitido todo. Reda primera. Somos turistas...

Ella seguía riéndose divertida, aunque su risa era más superficial que sentida. Pensaba en algo. En algo más profundo.

Una ráfaga de aire le hizo revolotear la falda, demasiado ancha, demasiado corta.

—¡Qué piernas tan bonitas! —exclamó Marc tumbado en la arena.

—No soporto el viento —repuso ella.

De pronto dio una vuelta para ponerse contra el aire y sus ojos se agrandaron.

—¿Eh? —murmuró.

El seguía riéndose divertido, revoloteándose en la arena e

impregnando su abrigo del fino y húmedo polvillo.

—No... —musitó ella con la mirada fija hacia la esquina de una villa situada al linde—. ¡Marc!

Gritó con toda el alma.

Allá en la oscuridad vio configurada la silueta y unos ojos penetrantes la observaban con marcado interés.

—¡Marc! —gritó de nuevo.

El se puso en pie. Seguía riendo.

—¿Qué pasa? —inquirió él yendo a su encuentro.

Ella estaba asustada. Realmente asustada, como si la risa anterior hubiese sido sólo una pantalla y ahora diera rienda suelta a su auténtico estado anímico.

—¿Qué pasa? —insistió Marc buscando con la mirada.

—Alguien... Estaba allí... Me miraba...

—¡Tonterías. No hay nadie! ¡Con este tiempo...!

—¡Había alguien, Marc! Estoy segura. ¡Había alguien...! — insistió ella. Seguía asustada. Muy asustada...

CAPÍTULO VI

Habían decidido no tomar café. Regresaron al hotel y se sentaron en sendas butacas en la habitación de la joven.

—Debía ser un pescador o cualquiera del pueblo. El viento te levantó las faldas y el hombre veía el espectáculo —dijo sencillamente Marc.

—Tal vez —murmuró ella pensativa.

—Anda, olvida ya esto —repuso Marc levantándose con intención de ir a su encuentro para barbillearla.

No llegó a tocarla porque Verónica se levantó:

—¿Y el anónimo que recibí antes de salir de Marsella? —murmuró pensativa.

—Eso es una tontería... No tiene sentido...

—Yo pienso que sí lo tiene, Marc. Lo recuerdo perfectamente...

—Buscó su bolso y sacó un papel en el que había sido pegado un mensaje—. Ahí está...

—Tíralo —dijo él.

—¿Qué más da? Lo sé de memoria.

Las letras pegadas en el papel eran bien explícitas:

«SI VAS A ESPAÑA, ENCONTRARAS LA MUERTE»

No había firma.

—Es una broma —repitió él—. alguna envidiosa que tiene celos porque puedes tomarte unas vacaciones.

—No, Marc, puede ser alguien que sepa a lo que voy realmente... —comentó ella.

—Nadie puede saberlo, querida. Nadie. Métetelo en la cabeza... Esto. —Y recalcó—. «Esto» solo lo sabemos tú y yo... ¿Comprendes? Únicamente tú y yo...

Hizo una pausa, se volvió hacia ella y tras lanzar un bufido

añadió:

—Tú y yo. Nadie más.

Fue una noche de mucho viento. Verónica apenas pudo conciliar el sueño.

Recordó una vez más al detective que había contratado el director de la compañía aseguradora, Luc.

Luc salió de Francia al quinto día tras el robo. El destino de Luc era el hotel Crepúsculo de Palamós. Y allí —desde allí— informó Luc a la compañía:

«He localizado a Julien Decaux... No se hospeda en el hotel. Tiene únicamente una habitación alquilada y ha dejado dicho que espera a su esposa Dorien. Estoy intentando localizar la guarida de Decaux. No es fácil. Decaux es muy escurridizo. Ha conseguido despistarme en dos ocasiones, aunque no estoy muy seguro de que sospeche que le siga. Seguiré informando».

Aquel mismo día el detective Luc mandó otro informe por teléfono:

«Decaux se hospeda en la posesión de un súbdito alemán, hacia el lado norte de la costa, más al interior, esta tarde le he seguido. Creo que se ha dado cuenta y ha acelerado. La carretera que sube al montículo es muy mala. Se trata de un camino vecinal, polvoriento y que asciende bordeando la margen de un pequeño río. Creo que Decaux, al verse perseguido ha intentado forzar la marcha, pero ha sufrido un accidente al tomar una curva de escasa visibilidad...»

Y el informe telefónico de Luc continuaba:

«En el kilómetro cinco del camino vecinal, hay una montaña de rocas. He perdido de vista el vehículo porque ha aumentado la velocidad, pero al asomar nuevamente tras esas rocas he visto cómo el coche se precipitaba al vacío. Hay una altura de unos treinta y cinco o cuarenta metros, porque está ya muy cerca de

la cumbre.

»El coche se incendió y se hundió en el río. Bueno. Yo creía que era el río, pero luego me han informado que es una ciénaga. Un lugar poco conocido pero muy peligroso. Son arenas movedizas. El coche se hundió justamente allí. No pude hacer nada. Y cuando conseguí bajar, la ciénaga se había tragado al vehículo...»

En sus cavilaciones, Verónica, intentó ver la escena tal como le fue descrita, tal como de ella informaron los periódicos...

«El autor del robo de los cien millones de francos ha muerto en un accidente de coche...»

Luc describió en un informe más completo que:

«El auto, en efecto, se había incendiado, hundiéndose en la zona pantanosa y que posteriormente la policía española y fuerzas de la guardia civil de la misma nacionalidad cooperaron en la recuperación del vehículo, en cuyo interior se encontró el cadáver carbonizado de Julien Decaux».

Carbonizado...

Y con restos de dinero procedentes de su cartera, igualmente quemada. Restos de dinero... billetes de cien, cincuenta y diez francos... Casi cien mil, o algo así... Mucho dinero.

El camino por el que discurría el coche de Julien Decaux sólo conducía a un lugar: La residencia del alemán.

El antiguo cenobio benedictino, convertido en ruinas y comprado por *herr* Bretchmann, quien lo mandó reconstruir...

CAPÍTULO VII

Verónica despertó y se encontró con el desayuno. El botones —o hijo de la familia del hotel— se lo llevaba. —Su acompañante lo pidió para usted— dijo.

—Muy amable. Tráelo. Desayunaré en la cama... ¿Qué día hace hoy?

—Pésimo, señora. Está nublado. Abriré la ventana. —No, no...

—Quería decir las cortinas.

—¡Ah, bueno! Sí, ábrelas. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Me he dormido...

—Aquí no hay nada que hacer a estas horas. Claro que si ustedes se van a la colina... —murmuró el chico.

—Oye... ¿Qué pasa con ese sitio...? La colina. La casa del alemán. ¿Me entiendes?

—Nada, señora. No pasa nada.

—Cuando se habla de ese lugar, la gente te mira con desconfianza —arguyó ella tratando de ganarse la confianza del muchacho.

—Bueno... Dicen que es un tipo raro —dijo él.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No sé... Dicen que era un lugar público, aunque yo no había subido nunca... ni mucha gente. Antes era costumbre ir de cuando en cuando, pero que yo sepa ahora ya no iba nadie. Lo compró un alemán y lo cercó y la gente dice que no hay derecho que vendan las cosas a los extranjeros...

—¡Ah! Es sólo eso... —comentó Verónica.

—Bueno... que yo sepa es así...

Verónica sonrió. Aquello la medio tranquilizaba.

—¿Desea algo más...? —inquirió el muchacho.

—No, nada. Has sido muy gentil. Gracias.

El muchacho sonrió y salió de la habitación.

Verónica ante el desayuno pensó de nuevo en la misión. En el «motivo» por el cual se hallaba en aquella zona de la costa Brava catalana.

Pensó en Luc... su querido detective contratado por Durand, el presidente de la compañía.

Luc en su informe había dicho que pretendía ir hasta la casa del alemán para investigar.

Trató de imaginárselo subiendo por una hipotética rampa... Se imaginó también el caserón reconstruido. Mitad pequeño monasterio, mitad castillo.

Luc había dejado el coche frente a la gran verja que cerraba el recinto exterior.

Había llamado tirando de la cadena que hacía sonar la campanilla. Alguien había abierto la pesada puerta y Luc se había adentrado en la casa tras cruzar el sendero rodeado de césped.

Pero lo que Verónica ni nadie podía imaginar, es lo que ocurrió dentro de aquella casa, porque es bien cierto que Luc entró en ella. Al menos de ello había informado:

«Iré esta tarde».

Sin embargo Luc ya no volvió a informar jamás.

¿Había salido con vida de aquel siniestro lugar?

No. Verónica lo ignoraba igualmente, porque de Luc, jamás se volvió a tener noticia, ni hablada ni escrita. Lo último que se supo es que...

«Hallazgo del cadáver de un hombre en extrañas circunstancias».

El hombre resultó ser Luc.

Fue hallado en las obras de cimientos de un hotel en construcción al borde de la carretera general. Cerca estaba su coche. En apariencia parecía un simple accidente y mientras la policía española investigaba el caso, el señor Durand de la compañía de seguros francesa sentenció:

—Lo han asesinado. Debió de descubrir algo importante y lo han asesinado...

—Dios mío... —Y con un impulso que le salió de lo más profundo, exclamó—. Me gustaría visitar este castillo.

—Ni lo sueñes, Verónica. Esto es peligroso.

—Luc ha muerto.

—Ya sé... ya sé... Tus lazos con Luc... Lo siento.

—El dijo que estaba decidido a ir... a hablar con el dueño de la casa. Yo estoy segura de que lo hizo.

—Tal vez...

—Entonces... el misterio de lo ocurrido debe de estar allí.

—Te gustan demasiado las aventuras, Verónica. Dejemos que la policía española investigue. Ya he perdido las esperanzas de recuperar el dinero.

—Quiero ir a España —se empeñó ella.

—Bueno... cuando tengas las vacaciones ve donde quieras, pero ahora...

—Quiero ir ahora...

—Te niego el consentimiento. Por la amistad que me une con tu familia, por ti... Por ti misma. Olvida este asunto. No debí tenerte al corriente. No es asunto tuyo.

Durand había sido categórico, pero ella. —Verónica— siempre había sido una muchacha tenaz, tan tenaz como cuando decidió emanciparse, vivir de sus propios medios y tener un apartamento a las afueras de la capital, y también un pequeño coche para los desplazamientos. Tan terca como para hacer su propia vida. Tan decidida como para dejar el empleo en la compañía de seguros, al día siguiente.

—Lo siento, Gaston —dijo al director al que trataba de modo familiar—. He decidido buscarme otro trabajo.

—Sólo porque te he negado el permiso para que vayas...

—Sabes que a mí me importan muy poco las negativas —sonrió ella—. Deseo simplemente trabajar en otra cosa. En un lugar donde no me unan lazos de amistad. Soy joven y no me faltarán ofertas. Espero que me des un certificado de buena conducta.

Gaston Durand sabía que era inútil discutir con aquel torbellino. Y Verónica, por su parte, tenía una buena razón para dejar su trabajo.

La razón se llamaba Marc Constantine. Marc. Sí. El amigo de Luc, y amigo suyo también.

Marc algunas veces había ayudado al detective en pequeños trabajos, aunque actualmente se dedicaba a trabajar a comisión para varias firmas como representante de comercio. Marc pues, no tenía obligaciones que le encadenaran a cumplir un horario de trabajo determinado.

Marc era un hombre ideal para aquel caso porque... había sido amigo del fallecido ladrón de los cien millones.

Le encontró preparando las maletas.

Y mientras pensaba en el momento en que había ido a visitarle, fue el propio Marc quien interrumpió los pensamientos de Verónica entrando en su habitación del hotel Unión.

—Todo listo, nena. He conseguido un plano de la zona. Me ha costado trabajo. En este pueblo no hay gran cosa. Estamos fuera de temporada. Bueno, pero ahora ya sé cómo ir a casa del alemán.

—¿Por qué no llamas antes de entrar, Marc? —atajó ella.

—¡Oh, perdón! —sonrió él burlonamente—. No lo haré nunca más. Palabra.

—Bien. Voy a tomarme un baño y vestirme —comentó Verónica apartando el desayuno que no había tomado—. Estoy deseando llegar a esa casa.

—Creí que te daba miedo —repuso Marc.

—Sí. Me da un poco de miedo, pero soy curiosa. Muy curiosa —fue la respuesta de Verónica y saliendo de la cama añadió—: Y ahora vete, por favor.

—Por supuesto, por supuesto. —Marc hizo un movimiento con los labios como si ahogara un silbido de admiración, ante la belleza anatómica de la muchacha.

CAPÍTULO VIII

Estaban los dos en el coche, que comenzaba a ascender por un camino infernal.

—¿En qué estabas pensando cuando vine a buscarte? —inquirió él volviéndose para mirar la actitud circunspecta de la joven.

—En ti.

—Esto es un halago.

—No. Simplemente pensaba que te cogí al vuelo. Te ibas.

—Cierto.

—Yo te metí en esto.

—Yo acepté con mucho gusto. Porque me lo pedías tú, por Luc y ¿por qué no decirlo? Por la recompensa. Tu jefe estará dispuesto a pagar el diez por ciento por lo menos... o el veinte si nos ponemos pesados.

—Yo no lo hago por el dinero. ¡Ah! Y ya no es mi jefe. ¿Recuerdas?

—Sí, sí, claro. ¿Sabes? Eres una muchacha decidida.

—Marc... Tú no hablaste con nadie de esto, ¿verdad? —inquirió ella.

—Claro que no. Es un asunto completamente privado. Piensas otra vez en ese anónimo que recibiste en tu casa. ¿No?

—Pensaba en Gaston Durand. El no sabe nada. Quise que esto quedara en el más completo secreto. ¿Sabes?

—Bueno, quizá... —empezó él. Pero la muchacha le atajó:

—No. Tengo una amiga en Niza, le mandé algunas postales con fechas diferentes con el ruego de que se las mandara a Gaston Durand desde Niza, para que creyera que estaba allí.

—Hummm. Muy lista, muy sagaz... Pero ¿por qué?

—Para guardar el secreto.

—¿Es que... desconfías de Durand? —inquirió Marc con cierto interés.

—No. Claro que no. Simplemente quise que esto no lo supiera nadie.

—Bueno. Oficialmente somos una pareja en vacaciones. Nadie tiene por qué sospechar que vamos en pos de cien millones de francos —sonrió Marc dando la vuelta al volante para doblar un recodo del camino.

—A Luc le mataron porque vino a investigar —comentó ella pensativa—. Y Luc era muy eficiente en su trabajo, y reservado. Solía prepararlo todo a conciencia.

—¿Llegaste a conocerle mucho?

—Hay personas a las que se conoce en seguida. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que Luc era una persona inteligente.

—Sí. Sí lo era. Tenía un buen porvenir en su profesión. Yo no soy como él. Te has buscado un mal sustituto.

—Sustituto sólo para el trabajo que nos lleva a ese castillo... —aclaró ella.

—Sí, claro, por supuesto. No he querido dar otra intención a mis palabras. Aunque envidio a Luc. Conquistarte a ti no es fácil.

—Bueno, tampoco soy de piedra, pero me gusta ser independiente. Ésta es la verdad.

—Nos acercamos —murmuró Marc tras un prolongado silencio.

Ella preguntó:

—¿No te echarán de menos?

—¿Dónde?

—Estabas preparando el viaje cuando fui a proponerte este asunto —recordó ella.

—¡Oh, sí! Pero a mí también me gusta la libertad. No tengo que dar cuenta a nadie de lo que haga.

—¿Dónde ibas?

—Al norte. Un asunto de joyería.

—¿Lamentas haber venido?

—Podemos conseguir un buen puñado de francos.

—Puedes. Yo no quiero nada.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Además, es incierto. Únicamente una corazonada.

—Yo comparto siempre las corazonadas femeninas. Ese sexto sentido... Creo en él.

Otro silencio. La silueta de las antiguas ruinas del monasterio asomaban en la cumbre.

Verónica volvió a reanudar la conversación.

—Cuando Julien Decaux robó el dinero, seguro que tenía planeado dirigirse a este lugar.

—Eso no lo sé, Verónica, pero es posible. En realidad no sé gran cosa de él.

—Pero erais amigos.

—Bueno, fuimos compañeros de los tiempos que yo trabajé en el Banco, luego colaboré con Luc otra temporada. Yo conozco a bastante gente. Julien Decaux, es uno de tantos, coincidimos en unas vacaciones en Alemania, hace ya algún tiempo, y esto hizo crecer nuestra amistad, pero luego al dejar yo el Banco dejamos de vernos, sólo algunas veces y de forma esporádica.

—¿Y fue en Alemania donde conocisteis a ese *herr* Bretchmann?

—Sí. Allí fue. Una casualidad, íbamos a Hamburgo para conocer el barrio de St. Pauli y tuvimos una avería en el coche, tuvimos que empujar el auto y nos metimos por una senda. Había una casa enorme. Era de Bretchmann y él nos prestó ayuda, y hasta fue nuestro guía en Hamburgo.

—¿Es joven?

—¿Bretchmann? No. Bueno, seguramente que él sí se siente joven. Unos cincuenta años tendrá, pero es muy activo y dinámico. A primera vista parece raro, un personaje siniestro, pero a medida que vas conociéndole te das cuenta de que te hallas ante un tipo de esos que ha vivido mucho. No me extrañaría que en su juventud hubiese pertenecido a las juventudes hitlerianas y por supuesto debe descender de nazis. A mí esto no me importa. Yo no viví la guerra. No quiero saber nada de lo de antes.

—Sí. Es una tontería pensar en cosas que ya son historia...

—Bien. Si quieres saber algo más de Bretchmann pronto le conocerás.

—Lo que me gustaría saber es si se extrañó que le pidieras albergue...

—Pues no sé. Le escribí aquí y dije que pensaba pasarme unas cortas vacaciones en España, justamente en la Costa Brava y que me agradaría visitarle. Respondió en seguida diciéndome que ponía su casa a mi disposición. Así de fácil...

Y tras un silencio añadió:

—Así, que si piensas que Bretchmann puede sospechar algo insisto en que deseches tus temores. Voy con mi novia... con mi amiga. El nos invita y esto es todo...

Sí. Sí. En apariencia todo parecía claro y sencillo, pero ¿qué pudo pasarle a Luc?

¿Por qué le mataron?

Quizá la solución estaba ya muy próxima. Allí en aquel antiguo monasterio, ahora mitad refugio, mitad castillo.

Pero podía existir también un gran peligro.

Claro que mirando a Marc todo parecía fácil. El pensaba más en el dinero y no parecía ver peligro por ninguna parte.

—Ya estamos —sonrió Marc deteniéndose frente a la verja.

CAPÍTULO IX

Dijo llamarse Helga y ser el ama de llaves.

Fue la mujer que les abrió la puerta después de que Marc se identificara:

—Les estaba esperando —aseguró Helga.

Verónica la miró con su peculiar espíritu observador.

Helga no parecía ciertamente una ama de llaves, no ya de las que se describen en las novelas, como clásicas solteronas, algunas enigmáticas y feas casi todas. Estaba en la plenitud de su belleza, toda su persona respiraba el máximo cuidado, aseo, pulcritud. Su silueta respondía igualmente al espíritu de quien sabe conservarse. Era en suma una mujer sugestiva, deseable.

—Por aquí, por favor. Les mostraré sus habitaciones. Disculpen al señor Bretchmann por no hallarse en casa. Ayer tuvo que salir para un asunto urgente.

—¿Alemania? —preguntó Marc.

—Sí, justamente, pero espera regresar mañana a lo más tardar —repuso Helga dándoles entrada en el *hall* de la casa.

Verónica miraba en derredor. Todo parecía haber sido reconstruido pensando en la época en que había sido levantado el convento.

Acaso la distribución interior variara un poco, pero las paredes de piedra —artificial— daban sensación de autenticidad.

Puertas a derecha e izquierda comunicaban con las dependencias de la planta baja.

En el mismo *hall* arrancaba la gran escalinata. Junto a ella, en la pared de la derecha, había un gran cuadro.

—Un Rembrandt auténtico —dijo Helga indicándoles la escalera igualmente de piedra.

Posteriormente, Verónica pudo darse cuenta de la afición del dueño de la casa por el arte.

En el piso inmediatamente superior y en la sala que distribuía un laberinto de corredores había otros cuadros de firmas importantes, destacaba el colorido de un par de Van Gogh.

—Son pilares recuperados del antiguo claustro —explicó Helga mientras avanzaba por uno de los cinco corredores que coincidían en el eje del rellano.

—¿Existe el claustro? —inquirió Marc.

—Ha sido reconstruido en parte, luego les mostraré toda la casa —repuso el ama.

—Esos corredores. ¿Ya existían? —preguntó a su vez Verónica.

—No, por supuesto. La distribución era distinta. Giraba todo en derredor del claustro. El señor Bretchmann ha puesto un poco de su imaginación. Al principio da la sensación de que uno pueda perderse en esta casa, pero luego es fácil orientarse.

—Tratándose de algo tan antiguo estará lleno de pasadizos secretos y paredes dobles —sonrió Marc en cuanto Helga se hubo detenido ante una puerta.

—Esto lo ignoro. En todo caso sería un secreto exclusivo de *herr* Bretchmann. Aquí están sus habitaciones. Cualquier cosa que necesiten pueden llamar. Les atenderé personalmente.

Ella asomó ligeramente. Helga avanzó y mostró la puerta del baño, comunicaba con otra dependencia que abrió también.

—Allí tienen una salita para descanso. En cuanto a la habitación. ¡Voila!, que dicen ustedes —hablaba un español con marcado acento alemán y con un ademán mostró la sala y alcoba correspondiente. Todo rústico, pero de auténtico valor.

Aparte de una cama enorme en la alcoba propiamente dicha, la sala previa disponía de diván, confortables butacones, mesas de centro, tocador, etc.

—En nombre del señor Bretchmann, sean bienvenidos —fueron las palabras que pronunció Helga a guisa de despedida.

Al cerrar la puerta Marc imitándola murmuró:

—Voila —y fue hacia la cama se sentó en ella y murmuró—: Realmente confortable.

—¿Por qué no pruebas el diván? —insinuó ella con intención.

—¡Oh, no! —sonrió él.

Ella avanzó hacia el lavabo, cruzó la estancia y abrió la otra puerta que daba a lo que Helga había dicho «Sala de descanso».

—Bueno, creo que podremos arreglamos. Esto no está nada mal.

La sala disponía de dos amplios divanes, biblioteca, mesa de despacho, etc.

—Dormiré aquí mismo, no quiero privarte de la comodidad de una buena cama. —Se sentó en uno de los divanes, luego probó el otro y añadió—: Esto tampoco está nada mal.

—Nada de eso. Te cedo la cama principal. Toda entera para ti. Espero no te pierdas en ella. —Tomó su equipaje y pasó a la habitación de «descanso».

—Muy galante.

—Cuando consiga la comisión me compraré algo parecido a esto, pero más pequeño...

Si consiguiéramos veinte millones de francos...

—Primero habrá que encontrar el dinero —murmuró ella.

—¿Empezamos a buscarlo ahora? —sonrió él.

—Quisiera saber dónde está.

—Según tú, Julien Decaux lo escondió aquí.

—Faltaría saber si fue con la complicidad del alemán —adujo ella.

—Un hombre con una casa como ésta no tiene necesidad de robar dinero, querida.

—Primero haría falta saber cómo se consigue la «pasta» suficiente para tener todo esto. Hummm... No me fío de los ricos.

—Tu padre lo es. ¿No?

—Eso es distinto. El lo heredó de mi abuelo y mi abuelo de su bisabuelo... Si hay un ladrón en mi familia habría que buscarlo muy lejos y no creas... tampoco me extrañaría.

En el origen de las grandes fortunas siempre hay algún punto oscuro.

—Yo nunca he sido poseedor de una gran fortuna.

Y si consigo este dinero seré la excepción, porque en lo que hacemos no hay nada turbio. ¿Eh?

—Julien no llevaba el dinero encima cuando tuvo el accidente... —murmuró—. Pero vino aquí...

—*Herr* Bretchmann nos lo dirá —sonrió él—. Y a partir de ese momento podemos empezar a buscar. Primero hará falta saber qué habitación ocupó Julien... Siempre en el supuesto que hubiese sido huésped de Bretchmann...

—Tengo ganas de conocer a Bretchmann. Si Luc entró en este castillo tendrá que decírnoslo... Bueno, voy a arreglarme un poco.

—Cierra la puerta no sea que se cuelen fantasmas —sonrió él.

Verónica se quedó sola en el lavabo. Marc salió, abrió la puerta y recorrió lentamente el corredor. La casa parecía absolutamente deshabitada.

La muchacha se arregló el pelo, miró al amplio espejo y en el silencio pudo escuchar claramente el chirriar de unos goznes.

Salió a la alcoba y llamó:

—Marc...

Observó que no había nadie. La puerta estaba cerrada y el ruido de los goznes surgía de algún lugar.

Ñiaaaac.

Volvió hacia la habitación contigua y miró. Al fondo estaba la puerta, entreabierta.

La penumbra envolvía la habitación, los pesados cortinajes impedían el paso de la luz.

Avanzó lentamente hacia la puerta entreabierta.

De pronto como por efecto de una violentísima corriente de aire la pesada madera se cerró de golpe.

Lentamente volvió a avanzar hacia la puerta. Intentó abrirla, pero no pudo.

Tiró del pomo con fuerza, pero fue inútil, parecía hallarse cerrada por el otro lado.

Se volvió para regresar al baño. La puerta estaba abierta, la otra que comunicaba con la habitación-dormitorio también, pero de pronto se cerró con la misma violencia.

Verónica no pudo evitar que un cosquilleo recorriera su columna vertebral.

Llegó al baño y llamó al otro lado con la voz.

—Marc. ¿Eres tú?

Mal podía ser Marc porque el joven en el rellano estaba hablando con Helga que en aquellos momentos le estaba diciendo:

—Les he preparado un aperitivo, quizá sea pronto aún. Está en el salón. Le acompañaré.

¿Y la señorita?

—Arreglándose. Ya sabe, las mujeres pasan la mayor parte del tiempo ante el espejo. No era cierto en aquel caso, porque Verónica

se hallaba en el baño sí, pero no ante el espejo sino ante la puerta tratando de abrirla y no lo conseguía.

La puerta del baño se hallaba tan cerrada como la otra. ¡La habían encerrado!

CAPÍTULO X

—¡Marc! —gritó Verónica con todas sus fuerzas.

El grosor de las paredes impidió el paso de su voz.

Marc bajaba sonriendo con el ama de llaves.

—¿Sabe si es importante lo que ha motivado ese viaje del señor Bretchmann a Alemania? Quiero decir si se trata de algo grave.

—Supongo que no. Simple cuestión de negocios.

Estaban ya al pie de la escalera.

Verónica tiraba con todas sus fuerzas de la puerta del baño a fin de abrirla, pero era inútil, parecía hallarse soldada, o cerrada con llave.

Verónica volvió hacia la otra puerta, la que primero se había cerrado.

Tiró de nuevo. ¡Seguía cerrada!

Buscó el cordón de terciopelo para tirar de él y llamar al ama de llaves.

Helga lo había indicado en el dormitorio, pero ¿dónde estaba el de «el cuarto de descanso»?

Miró hacia los cortinajes de la ventana exterior y vio el cordón imitando a los antiguos tiradores de campanillas y lo accionó repetidamente, hasta quedar con él en las manos.

—¡Dios mío! —exclamó sin poderse contener, segura de hallarse en una ratonera, porque aquello tenía todas las trazas de estar preparado, pero...

¿Por quién?

Y abajo, Helga sonreía de una forma enigmática que hacía resaltar su belleza entre serena y misteriosa.

—Iré a ver si la señorita está lista, no quiero que se pierda por esos corredores —sonrió—. Está usted en su casa.

—Mejor que en mi casa. No dispongo de tantas comodidades, se lo aseguro.

Y Verónica estaba aporreando la puerta del cuarto de descanso, al tiempo que gritaba:

—¡Abran! ¡Alguien tiene que oírme!

Se volvió jadeante y entonces vio «aquello».

Dos ojos...

Dos ojos la miraban a través del cristal de la ventana.

Era un hombre, un hombre que se hallaba en el exterior, y extrañamente suspendido.

Aquel par de ojos seguían allí, mirando, escrutando el interior de la estancia de la penumbra.

Se volvió hacia la puerta y aporreó de nuevo la madera.

Helga se aproximaba por el corredor. Escuchó los golpes y mostró una cierta extrañeza. Entonces le llegó la voz ahogada por los muros: la voz de Verónica:

—¡Abran!

Se volvió hacia la ventana como si temiera que de un momento a otro el propietario de aquellos ojos se metiera dentro de la estancia.

Pero ¡ya no estaban!

¡No había nadie!

Se volvió hacia la puerta y ésta se abrió encontrándose ante la presencia de Helga.

—¿Le ocurre algo?

—La puerta... Se cerró de pronto. Me fue imposible abrirla... La del baño también —repuso ella tratando de tranquilizarse.

Helga agrandó los ojos como si dudara. Miró la puerta y luego sonrió:

—¡Oh! Ya comprendo... Esas puertas tienen un resorte. ¿Ve? —indicó el pomo. Había un pequeño resorte prácticamente invisible porque estaba en la parte de abajo—. Tóquelo usted misma.

Verónica lo comprobó. Sí. El resorte existía.

—Eso hace que cierren automáticamente por dentro. Aunque la llave y la forma de cerradura sea una imitación a lo antiguo, su funcionamiento es absolutamente moderno. Se me olvidó decírselo. No es que estuviera cerrado, es que con el resorte puesto es imposible abrir por fuera y por dentro tiene que empujarlo. Así. ¿Ve? De este modo se desbloquea. En el baño debe haber ocurrido lo mismo. ¿Me permite?

Helga tomó la delantera y efectivamente demostró que con la puerta del baño había sucedido exactamente lo mismo.

—Se cerraron de pronto —dijo Verónica algo aturdida por tanta sencillez.

—Una corriente de aire. Esto está lleno de pasadizos. Quizá alguna ventana ha quedado abierta. Luego recorreremos la casa para que la vean y cerraré todas las ventanas. ¿Quiere venir conmigo? El señor Constantine está en la salón tomando el aperitivo...

—Helga... —empezó Verónica sin decidirse del todo—. ¿No hay nadie más en la casa?

Quiero decir sólo usted y nosotros dos...

—Así es... Bueno, hay un jardinero pero ahora no está... ¿Por qué lo pregunta?

—Pues por...

—Claro. Debe parecerle una casa muy grande. ¿Eh? Una vez por semana vienen a limpiarla varias personas. Se ensucia poco, la mayor parte de las habitaciones están cerradas. De lo demás me cuido yo exclusivamente de todo.

CAPÍTULO XI

—Lo he visto, Marc. No ha sido una alucinación. Créeme... — repitió ella al joven.

—Lo creo porque lo dices... Vamos a orientarnos. ¿Dónde está tu ventana?

—No sé... No estoy segura del ala en que se encuentra —repuso la muchacha.

Mentalmente Marc se situó en el rellano y murmuró:

—Es el primer corredor.

—No. El segundo. Sólo hay puertas al lado izquierdo.

—Entonces debe de ser a este lado. Veamos... —Recorrieron el ala izquierda del edificio y observaron las ventanas de la primera planta.

—Yo no me fijé —dijo Marc— pero por lo que pudiste ver a través de la venta tendrás una idea... Fíjate en el panorama.

Desde allí sólo se veían lejanas y suaves colinas al otro lado de la carretera general.

—¡No, Marc! Ya sé... Es en el claustro. La ventana tiene que dar en el claustro. Debe haber árboles plantados en el patio interior. Seguro.

—Tienes razón, habitaciones a la izquierda, si es el segundo corredor no pueden dar al exterior. Tiene que ser lo que tú dices. Diremos a Helga que nos muestre el claustro.

—No me fío de esa mujer. Tiene un aire extraño... Un no sé qué...

—Pues no está nada mal para su edad. Bretchmann tiene buen gusto. Apuesto a que no la eligió al azar.

—Tú siempre piensas en lo mismo, pero sigo diciendo que no hay que fiarse de ella.

Entraron en la casa y Helga se mostró muy complacida de mostrarles el claustro.

—Parecían tener prisa en salir a tomar el aire. ¡Y empieza otra vez la tramontana! Este viento consigue desquiciarme los nervios.

—Usted no hace cara de ponerse nerviosa fácilmente —murmuró Verónica.

—Tiene razón. Sé contenerme, pero el viento me fastidia. Lo confieso. Vean, el claustro.

Era pequeño, con un patio interior en forma octogonal. Helga hacia las veces de guía.

Les explicaba lo que su patrón había conservado y lo que había mandado reconstruir.

Verónica estaba más atenta a los árboles, a las ventanas. Y Marc por lo bajo murmuró:

—Esto explica la situación de los corredores. —Miró también hacia arriba.

Helga demostró también su sentido de la observación porque indicando una de las ventanas dijo:

—Ésa es la que da a su dormitorio. Esa ventana de ahí.

—¿La de la habitación que se me cerró?

—No. La del cuarto de descanso, es... la del otro lado. Por ahí.

Recorrieron el centro del patio. Había un falso pozo artesiano, desde allí Helga señaló la otra ventana. Y añadió:

—Es un poco complicado al principio, pero si pasan algunos días aquí, ya se acostumbrarán... Bueno, quizá les hubiese gustado más una habitación exterior, pero *herr* Bretchmann pensó que esto es más tranquilo. Aquí el viento se oye menos. ¿Seguimos?

—Sí, sí... Y estamos perfectamente instalados —se apresuró a decir Marc dando un golpe suave al brazo de Verónica como queriendo indicar que dejaran el tema.

El patio estaba lleno de puertas. Verónica contó hasta ocho en total. Una en cada extremo.

Al pasar delante de una, Marc la empujó, y Helga intervino de nuevo para informar.

—Es la antigua capilla, el señor Bretchmann la ha restaurado. ¿Quieren verla?

—Bueno... si tiene algo que hacer —murmuró Verónica deseosa de quedarse sola con Marc para seguir inspeccionando por su cuenta—. Nosotros podemos pasear.

—Mi tiempo es exclusivamente de ustedes —sonrió Helga, y no

les dejó.

Vieron toda la casa. Bueno, casi toda.

En un cuarto recinto se encontraban antiguas imágenes, algunas cubiertas con lienzos. —En temporadas vienen escultores a trabajar para el señor Bretchmann— informó Helga.

En la sala quinta no había nada, ni en la sexta.

—El señor Bretchmann todavía no ha destinado su utilización.

Pasaron por delante de la séptima. Estaba cerrada.

—Privado. Sólo el señor Bretchmann tiene la llave.

«Malo» —pensó Verónica y Marc le apretó el brazo discretamente como si opinara lo mismo.

La octava era simplemente un lugar de paso que comunicaba con las dependencias de los servicios.

—Sólo nos falta ver el sótano, o la cripta de la capilla, forma parte de la bodega, es un desván, aparte de los vinos, el señor Bretchmann dispone de las mejores marcas, pero eso ya se lo mostrará él cuando regrese.

«Bodega y un cuarto cerrado» —mentalizó Verónica y Marc le guiñó un ojo.

Luego la casa, corredores, puertas, más corredores, salas lúgubres, todo ello iluminado con la luz indirecta que resaltaba la piedra y más habitaciones cerradas.

—Dormitorios, los hay que están equipados para casos de muchos invitados, otros no lo están. Como ven esto es enorme... Siempre la informante era Helga.

Luego la escalera hacia el segundo piso. Venía a ser como el desván, pero estaba vacío. —Aquí hay poco que ver— dijo sin avanzar para nada—. Se lo he mostrado para que no les quede ningún rincón desconocido. Aquí no hay secretos, sobre todo para los amigos del señor Bretchmann... Bien, ustedes dirán a la hora que prefieren comer. ¿Les parece, a las doce y media? ¿O prefieren el horario español de las grandes ciudades?

—Las doce y media es una buena hora —adujo Marc.

—Tienen tiempo de dar un paseo por los alrededores o hacer una pequeña excursión, leer, en fin... lo que gusten. ¿Bajamos?

Cerró con llave la puerta del desván pero la dejó en la cerradura.

Sí. Lo habían visto casi todo, pero allí había algo extraño. La atmósfera... La muchacha, Verónica presentía algo...

CAPÍTULO XII

—Da la vuelta —propuso Verónica a Marc, que conducía el coche en dirección al pueblo.

—¿Quieres volver? —inquirió él—. Es temprano.

—Hubiéramos debido preguntarle a ella por Lucien y por Luc...

—Es mejor esperar hacerlo cuando regrese Bretchmann, y de un modo discreto. ¿No te parece?

—Sí, claro, pero...

—Sé lo que te ocurre, quisieras resolverlo todo en seguida. No hay que precipitarse.

—Hay alguien más en la casa, Marc. Ese hombre que vi.

—Que se aguantaba en el exterior suspendido en el aire como los santos que pintan en los cuadros.

—No te burles.

—Bueno. Quizá era un limpia ventanas. ¿No?

Marc se detuvo en un recodo y murmuró:

—Aquí pudo ser, donde Julien se despeñó. Veamos... —Miró detrás y añadió—: La curva, unos metros sin visibilidad... Sí. Echaré un vistazo.

Salió del coche. Verónica le imitó.

—¿La ciénaga? —comentó ella.

—Es agua, pero parece el único sitio. Intentaré bajar. —Ten cuidado.

Marc se aventuró. La bajada era difícil y Marc tenía que sujetarse a pequeñas ramas salientes, a las piedras, algunas se desprendían y empujaban a otras.

Marc perdió el equilibrio un momento y cayó, bajando sentado algunos metros, luego consiguió recuperarse.

Al fin, siguiéndole con la angustiada mirada, Verónica pudo verle en el fondo.

—¡Marc! —Le llamó.

Su voz se perdía entre el viento cada vez más potente. Marc se había hecho con una caña y buscaba, el fondo. Era bastante profundo, como dos veces la estatura de un hombre normal. La caña seguía hundiéndose al llegar hasta el lodo.

Marc hizo un mohín de comprensión.

Verónica desde lo alto había desistido de llamarle. Era inútil con aquel viento. Se había puesto pantalones y se hallaba mejor protegida.

No obstante sintió la molesta sensación de que era observada.

Se volvió de repente y ahogó una exclamación.

¡Allí estaba el hombre!

Debía tener unos cuarenta años, iba bastante desaseado y con barba de tres o cuatro días.

La miraba a pesar de que ella parecía reprochárselo.

—¡Marc! —gritó ella volviéndose.

Al volverse la muchacha y verle más próximo exclamó:

—¿Qué desea?

El hombre no contestó, inició una extraña sonrisa, como una mueca que a Verónica se le antojó propia de un ser anormal, peligroso.

—¿Qué desea? ¿Por qué me mira?

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro y sin despegar los labios se volvió para seguir su camino, sendero abajo...

—Podía ser un labrador que volviera del trabajo, o un vagabundo —dijo Marc de nuevo al volante del coche después de haber regresado del fondo del precipicio.

—En este lugar no hay campos que labrar. Fíjate... Todo está descuidado, seguramente harán casas para los veraneantes. Y el camino sólo va hacia el monasterio, queda cerrado por la verja de la casa.

—Hummm. Bueno. Dices que ha seguido camino abajo. ¿Eh? Le encontraremos. A mi va a contestarme. Te lo aseguro. —Y Marc dio la vuelta al coche para enfilar nuevamente hacia el pueblo.

—Era el mismo hombre de ayer —comentó ella—. El de la playa.

—¿Cómo puedes estar segura? Ayer estaba muy oscuro.

—Lo sé. Lo presiento... ¡Y también el de esta mañana, Marc! ¡El que vi a través de la ventana!

—¡Pero si tampoco le viste! Tú misma lo has dicho que fue todo muy confuso...

—Los ojos, Marc —repitió ella—. Esos ojos... Esa forma extraña de mirar. Era él, Marc. Estoy segura.

CAPÍTULO XIII

—Ya lo has visto. No está. Debe haber echado por algún atajo —dijo Marc en llegando ya a los alrededores del pueblo—. Echaremos un vistazo por las calles y por los bares, y tomaremos algo. Creo que lo necesitas.

Marc recorrió las escasas y estrechas calles de la pequeña villa marinera.

Había poco que ver. La mayor parte de las casas seguían cerradas. En algunas se anunciaba con un cartel: «SE VENDE» o bien «SE ALQUILA POR TEMPORADAS, razón...». —Parece un pueblo fantasma— murmuró ella.

—En esos sitios ya se sabe. Ahora invernan y descansan. El verano todo es bullicio.

Dio la vuelta para subir por una colina otrora desierta. Había pequeños chalets y otros en construcción. En algunos trabajaban unos pocos albañiles. El camino era pedregoso.

—¡Eh, místico, o *monsieur*! —gritó un albañil—. No sigan. Es peligroso, la carretera está cortada. ¿Me ha entendido?

Marc abrió la ventana y se hizo repetir porque no había oído.

—¡Peligro! —Volvió el albañil—. Puede despeñarse. ¡Stop!

—Gracias, comprendo —y dio la vuelta.

—Nada. Ya lo has visto.

—Quizá sepan quién es ese hombre. Pregunta...

Marc asintió, salió del coche y caminó hacia los albañiles.

—Buscamos a un hombre para darle un recado, es un tipo mal afeitado, con unos ojos...

Ella corroboró en la descripción.

—Ojos grandes, si bastante grandes, viste con una pelliza vieja y va con un saco en la espalda. Es... de estatura normal, como ustedes.

Los albañiles se miraron. Dudaron.

—¿No saben cómo se llama? —inquirió uno.

Verónica y Marc negaron.

—¿No será el Mariano? El tonto del pueblo... Un tipo que parece subnormal... —agregó otro de los albañiles.

—Pudiera ser. ¿Eh, Verónica? ¿Dónde podemos encontrarle?

—Cuando tiene dinero en La tasca. ¿Dónde si no?

—¿Y dónde vive?

—No tiene casa.

—Pero dormirá en algún sitio —insistió Marc.

—En las barracas de los labradores, hacia la carretera. Ahora está todo abandonado. Nadie cuida el campo. Se hacen casas, apartamentos. Es fácil meterse en una barraca...

Pasaron por una estrecha carretera entre los antiguos campos de cultivo. Barracas sí habían muchas, pero ¿dónde estaba el tal Mariano?

—Bueno. Creo que no vale la pena. Ya lo has oído. Es el tonto del pueblo. En todas partes hay uno. Un pobre idiota. Dejémoslo correr.

Ella parecía más convencida. Si se trataba de un desgraciado la cosa podía tener su explicación, pero ¿qué hacía en la casa del alemán? Y concretamente en el claustro. ¿Quién le abrió la puerta?

Antes de regresar entraron en una taberna. Eran las doce del mediodía y algunos tomaban el aperitivo, un vaso de vino, aceitunas, otros se hacían preparar la comida.

Todo eran hombres. Se hablaba de todo. De la pesca, de la tramontana.

Se hablaba también de otras personas. Alguien mencionó a Mariano.

Marc y Verónica se iban, pero al oír aquel nombre Marc se quedó y pidió otro vaso.

—Sí, sí, vino. Del mismo. Es bueno. El que hablaba «del Mariano» dijo:

—¿De dónde habrá sacado tanto dinero? Ahora no le falta un duro...

—Si fuese verano pensaría que lo había robado a algún turista.

—Mariano no es de esos... Dijo que un turista le había regalado mil pesetas porque le devolvió la cartera que había perdido.

—¿Mil pesetas? Pues ya van dos veces que yo le veo cambiar un

billete verde.

—Bueno, Mariano desconoce el valor del dinero, sólo sabe contar monedas. Es un desgraciado...

—Si se ha metido en un lío, la guardia civil va a espabilarle. Todavía colea el asunto ese del muerto que encontraron en la carretera general. Dicen que no fue un accidente sino que al francés se lo cargaron.

Hablaban de Luc.

Claro que Verónica no entendía ni media palabra porque la conversación la sostenían en catalán.

El se lo tradujo al salir.

—Menos mal que en tiendo un poco.

—¿Catalán?

—Sí. Mis padres son del Rosellón, yo nací cerca de la frontera. En un lugar llamado Colliure, un pueblo marinero. Todos se parecen, por eso me encantan...

—¿Qué decían?

Marc se lo contó de regreso y ella sacó conclusiones...

—¿Te das cuenta? Dos mil pesetas... Ese hombre tiene dinero...

—Se lo dio un turista... Y debe ser cierto. Los tontos no suelen mentir.

—Marc... ese dinero puede ser del botín... Tenemos que encontrar a ese Mariano y preguntarle. Que nos diga quién se lo dio. ¿De dónde lo sacó? —insistió ella con un presentimiento.

CAPÍTULO XIV

Comieron en el monasterio. Helga, el ama de llaves, les acompañó en la mesa e hizo los honores, sirviendo el vino y manteniendo siempre calientes los platos que había traído con un carrito de servicio de la cocina.

—¿Se han divertido? —inquirió.

Marc tomó la palabra y aprovechó la ocasión.

—Me encantan esos pueblos. Le decía hace un momento a Verónica que yo nací en un lugar más o menos parecido.

—¿Oh?

—Se habla de todo y cada cual arregla las cosas de su modo.

—Es una vida muy aburrida —comentó la alemana.

—Siempre hay quien les divierte. Oímos hablar de un tal Mariano. Parece ser el tonto del pueblo.

—¡Oh, sí! Es un pobre desgraciado.

—¿Le conoce usted? —inquirió Verónica.

—Viene a hacer algunos trabajos.

—Entonces —añadió Verónica tirando el anzuelo—. Ya sé quién es... He visto a un tipo raro saliendo de aquí... cuando nos íbamos.

—¿Hoy? No sé. No le he visto, pero pudiera ser —contestó Helga sin darle mayor importancia al asunto.

—¿Es que puede entrar y salir de esta casa cuando le apetezca? —intervino Marc.

—El señor Bretchmann le da la oportunidad de ganar dinero haciendo pequeños trabajos. Limpia los cristales. No lo hace muy bien, pero el señor Bretchmann le tiene compasión.

—¿Y tiene la llave de la verja? —insistió ella.

—¿Tanto les interesa ese hombre? —inquirió Helga con naturalidad.

—Bueno. Todo tiene su explicación —sonrió Marc quitándole importancia—. Anoche Verónica se asustó un poco porque se quedó

mirándola embobado. Y esta mañana ha hecho lo mismo.

—Eso lo hace con todo el mundo, sobre todo con la gente que no conoce. Me refiero a las mujeres. Le gustan... Ser retrasado mental no presupone que sea insensible. Ya me entiende.

—Sí, comprendo —admitió Verónica y añadió—: Me tranquiliza saber que limpia las ventanas.

—¿Sí? —inquirió Helga.

—Es que esta mañana limpiaba la mía... Cuando quedé encerrada.

—¿Esta mañana? —Helga cambió de expresión.

—Sí. No le dije nada de momento porque quedé sorprendida.

—Es extraño. No he visto el andamio... Cuando limpia los cristales del exterior usa un andamio.

Verónica cambió una discreta mirada con Marc que murmuró:

—La verdad es que Verónica se asustó un poco y no se fijó muy bien. Puede que Mariano haya retirado el andamio.

—Disculpenme —y Helga se levantó de la mesa alejándose del comedor.

—Parece que eso la ha impresionado —dijo ella.

—Sí. Y a mí también hay algo que encuentro raro... Te lo dije antes. Mariano o quien fuera no pudo permanecer suspendido en el aire.

—Ella nombró un andamio.

—Pero no estaba.

Callaron los dos, tratando de aguzar el oído. Verónica rompió el silencio.

—¿Dónde crees que habrá ido?

—A comprobar si hay el andamio... —sonrió él.

Helga regresó y se disculpó por su ausencia.

—El andamio no está colocado, pero debió utilizar una cuerda. Le gusta hacer equilibrios. Un día caerá y se romperá la cabeza —explicó.

—Suspendido a una cuerda no podía limpiar cristales. ¿Verdad? —inquirió Verónica—. Bueno... Quizá tenga una explicación más sencilla. Mariano la vio anoche a usted, se enteró de que venía aquí y le entró curiosidad por volver a verla. Es posible que esperara verla desvestida.

—Vaya con el hombre —sonrió Verónica.

—De todos modos no es peligroso. Se contenta con mirar...

—Bien, dejemos el tema, Verónica —propuso Marc—. Parece que ya está suficientemente aclarado, y estamos aburriendo a Helga.

—Al contrario. Ustedes son los huéspedes de mi jefe y deberla ser yo quien les proporcionara diversión. Por cierto. ¿Les ha gustado el guiso?

—Hummm. Excelente. ¿Lo hizo usted? —se apresuró a intervenir Marc.

—Todo lo hago yo.

—La felicito.

—Y yo. Confieso que la cocina no es mi fuerte... —dijo Verónica.

—¿Café? Si lo prefieren puedo servirlo en el salón. Cuando gusten.

Al salir del comedor algo produjo un ruido en algún lugar de la planta superior.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó ella.

Helga con toda calma contestó:

—Una corriente de aire. Como esta mañana —sonrió amplia y enigmáticamente.

CAPÍTULO XV

Se habían retirado a sus habitaciones con el pretexto de descansar, pero en realidad tanto Verónica como Marc tenían una idea fija en la mente.

Recorrieron los diferentes corredores, abrieron algunas puertas que correspondían a otras tantas habitaciones, amuebladas o vacías, y en rápidas miradas llegaron a una evidente conclusión.

—¿Has visto lo mismo que yo, verdad, Marc? Todas las ventanas están cerradas, igual que las puertas. No es posible que exista una corriente de aire.

Marc asintió pensativo y murmuró seguidamente:

—Las paredes son gruesas, el calor es natural aquí, si corriese el aire lo notaríamos. —Tienes razón... Ese golpe que hemos oído no ha sido el viento. Igual que cuando se cerraron las puertas del baño y de la salida.

—Pero... Helga no pudo ser, estaba hablando conmigo.

—Debe de haber alguien más en la casa...

—¿Alguien? ¿Y qué puede pretender con todo esto?

—Metemos miedo, para que nos marchemos antes de investigar.

—Es absurdo. Tengo que decirte una vez más que «sólo lo sabemos tú y yo». Nadie más puede saber a qué hemos venido. — ¡Silencio!— recomendó ella al oír pasos.

Se apresuraron por el corredor hasta llegar a la habitación. Entraron en el momento en que Helga aparecía en el rellano.

Con la puerta entreabierta la vieron avanzar por el corredor del lado opuesto hasta perderse al fondo justo donde arrancaba la escalera del desván.

Marc cerró la puerta. Verónica insistió:

—Hay alguien más aquí. Y sólo hay un modo de saberlo. — Abrió nuevamente la puerta, él la cerró de nuevo con una advertencia.

—¡No! ¿Qué es lo que te propones?

—Seguirla. Cree que estamos descansando.

—No, Verónica. Es mejor hacerse el desentendido. ¿Comprendes? Ya tendremos tiempo... cuando regrese Bretchmann.

—¿Por qué no quieres que vaya?

—No sé... Si como dices, ella puede estar complicada en algo... sería peligroso.

—Cuando decidí venir aquí, sabía que debía correr un peligro.

El asintió, paseó nervioso abriendo y cerrando las manos. De pronto vio la nota sobre la cama. Estaba seguro de no haberla visto aquella mañana.

—¿Qué es esto?

La tomó. Estaba escrita con mayúsculas de tamaño distinto, letra defectuosa que parecía hecha adrede. La nota decía escuetamente:

MARCHAOS TÚ Y LA CHICA MIENTRAS PODÁIS.

Pasó el papel a Verónica y murmuró:

—Ahora creo que estás en lo cierto. Quieren meternos miedo, pero no lo entiendo... De veras. No comprendo nada...

Decidieron subir al desván, seguir los pasos de la extraña Helga.

A Verónica, de repente aquel corredor que empezaba al otro lado del rellano se le antojó infinitamente más largo que cuando lo recorrió aquella misma mañana. Era un pasadizo interminable. Los huecos de las puertas inmensas donde acechaba el peligro en cada una de ellas.

Verónica estaba un poco asustada. Marc no lo demostraba, tal vez porque por su condición de hombre se creía en la obligación de mostrarse fuerte.

Siguieron avanzando, sin atreverse a respirar y llegaron al pie de la escalinata.

Cada peldaño que la muchacha subía conseguía acelerar los latidos de su corazón. Creía incluso sentir el batir del músculo motor fuera de su propio pecho y sintió miedo que aquellos tremendos golpes pudieran ser escuchados por los enemigos que estuvieran al acecho.

Toptop-toptop... Toptop-toptop...

Ocho peldaños... quedaban unos cuantos. Se sintió protegida por

el brazo fuerte de Marc.

Diez peldaños, doce.

Y los latidos sonaban con mayor virulencia.

Helga seguía arriba. Tenía que seguir allí, buscando algo. Tal vez no estaba sola.

Ascendían el último tramo. Verónica vivía toda la excitación que se creía capaz de resistir.

La puerta estaba allí. Él silencio.

De pronto, un grito ahogado.

—¡No!

Instintivamente Verónica buscó refugio en los brazos de Marc que la acogió complacido.

—Chist —recomendó silencio y en voz muy queda murmuró—. Creo que ha sido la voz de Helga.

Avanzó primero y entornó la puerta del inmenso desván. Oteó en la oscuridad.

Todo estaba igual que aquella mañana, las cosas guardadas en el rincón cubiertas para evitar el polvo, cajas, muebles, cuadros.

Avanzaron. Sabían que Helga estaba allí. ¡Y no estaba sola!

CAPÍTULO XVI

Marc cogió de la mano a Verónica y pegado a la pared avanzó hacia una de las puertas del fondo.

El corazón de la muchacha seguía latiendo con toda potencia y ella notaba un desagradable cosquilleo en su espalda que le mantenía la carne de gallina.

No era miedosa, pero en aquel lugar todo imponía respeto y más que nada porque ignoraba con lo que deberían enfrentarse.

También Marc lo ignoraba y precisamente «eso desconocido» era lo que le imponía el respeto que se manifestaba en la gravedad de su rostro, en como mantenía los sentidos en su máxima tensión y despiertos sus reflejos.

Continuaron su lento avance, siempre juntos. Se aproximaban a la puerta, había una débil luz, estaba entreabierta y de pronto se cerró nuevamente.

Verónica sintió de nuevo el escalofrío recorrer todo su cuerpo.

—Es ahí —musitó Marc.

Avanzaron hacia la entrada. El desván se estrechaba allí, la habitación había sido sin duda superpuesta. El primer tabique formaba ángulo recto con la pared lateral.

Marc estaba casi rozando la madera. Una voz en el interior decía:

—No debiste hacerlo.

¡Era Helga! Hablaba con alguien...

Le contestó otra voz imposible de definir, quizá porque estaba más alejada de la puerta o porque hablaba en tono más bajo.

—¡Oh! Debes saber comprender... —Otra vez Helga.

Y luego, tras la inaudible réplica, Helga volvió a decir:

—Es demasiado peligroso... Para mí.

Un silencio, murmullos ininteligibles. Luego unos pasos hacia la puerta.

La pared más delgada y una puerta corriente facilitaban la audición, menos en la voz de la persona que había estado dialogando con la extraña ama de llaves.

—¡Cuidado! Va a salir —murmuró Marc.

La puerta se abrió y Helga apareció en el umbral. Marc y Verónica se apostaron a la pared lateral del ángulo.

Helga miró en derredor y se volvió hacia dentro.

—Ya sabes lo que te he dicho.

Sus pasos resonaron hasta la puerta final que aquella mañana estaba cerrada. La abrió. Entró algo de luz para volver a desaparecer después de que la alemana hubiese cerrado. Oyeron sus pasos que se alejaban. Marc dedujo:

—Es otra escalera.

—Hay que averiguar quién hay aquí dentro —dijo ella.

—Espera ahí. Yo asomaré —replicó Marc.

Ella asintió. Por una vez le dejaba la iniciativa. Así que Verónica se quedó junto a la pared, Marc en la puerta empezó a hacer girar el pomo que cedió lentamente.

Un casi imperceptible chasquido anunció que la puerta estaba libre y Marc empujó suavemente.

Por fortuna no había goznes que gruñeran. El interior estaba a oscuras. Quienquiera que estuviese había apagado la luz. No se veía absolutamente nada. Sin duda porque el cuarto carecía de ventilación. No obstante Marc tuvo la impresión de que estaba ante una estancia grande, mucho más de lo que aparentaba visto el tabique por la parte exterior.

Ya dentro por completo se quedó muy cerca de la puerta, pegado a la pared.

Lo único que se percibía allí dentro era el suave perfume de Helga. Discreto, pero inconfundible.

Intentó avanzar procurando que sus pies no tropezaran con nada que pudiera delatar su presencia.

Perdió la noción del tiempo, quizá porque los segundos le parecían minutos y los minutos horas.

Tal vez no llevaba ni dos minutos allí cuando escuchó un grito.

¡Era Verónica!

De la oscuridad había surgido una sombra por detrás de la muchacha.

Verónica no se apercibió de que había sido acechada, hasta que una mano poderosa surgiendo de detrás de ella le aprisionó la boca.

No pudo gritar al principio porque aquella mano se lo impedía.

Alguien la obligaba a echarse al suelo con una fuerza poco común.

Ella se debatió, mientras otra mano buscaba su cuerpo con avidez.

En el forcejeo sintió como el jersey que llevaba puesto era desgarrado.

Estaban intensando desnudarla, y fue entonces cuando la mano que la aprisionaba, al ceder permitió que ella pudiera gritar.

—¡Marc!

De nuevo se sintió presa entre aquellos brazos fuertes y un aliento pestilente a vino barato.

Marc salió de la habitación y trató de orientarse por el fragor de la lucha sorda que la muchacha seguía sosteniendo con su agresor. —¡Aquí, Marc!— exclamó ella en la oscuridad.

El joven llegó hasta ella, pero antes de que pudiera intervenir un puño le golpeó en el rostro y trastabilló, pero logró reponerse y guiado por la silueta que la débil luz de uno de los pequeños agujeros —aunque lejano— proporcionaba pasó al ataque.

El atacante la dejó para dedicarse un momento a Marc, pero éste consiguió abatirle de un puñetazo y sintió como su cuerpo chocaba contra el suelo.

Entonces la débil luz, pero suficiente para iluminar la escena dejó a los tres protagonistas al descubierto.

Helga había dado al conmutador. Verónica se había refugiado en los brazos de Marc.

Del suelo se estaba levantando un hombre:

¡Mariano, el vagabundo subnormal!

CAPÍTULO XVII

Helga había perdido su aparente serenidad por primera vez. No sabía cómo excusarse.

—Lo siento... No creí que esto llegara a suceder —murmuró tratando de encontrar palabras.

Le salieron mejor cuando se encaró con el vagabundo que arrinconado a la pared como un animal indefenso y acorralado parecía temer las iras de la alemana.

—Te dije que no quería verte aquí... Me has puesto en evidencia, estos señores son huéspedes del jefe... ¡Se lo diré, Mariano! ¡Te juro que se lo diré! ¡Ahora vete! ¡Vete! No quiero volver a verte. ¡Vete!

Jadeaba. Estaba indignada y por un momento sus ojos que despedían destellos de fuego amenazaron con saltarle de sus cuencas.

Mariano retrocedió pegado a la pared cada vez más asustado, hasta que echó a correr desapareciendo por una ventana. Luego le vieron deslizarse por una cuerda con la habilidad de que ya había hablado Helga que ahora al volver a dirigirse a Marc y a Verónica añadió tragando saliva:

—De veras no sé cómo disculparme... Les dije que el señor Bretchmann le dejaba que trabajara aquí, pero a mí también me daba pena, sobre todo en estas noches y le permití que se quedara aquí arriba, pero sólo en ausencia del señor Bretchmann. Cuando supe que tenían que llegar ustedes le advertí que no se quedara y que no viniese para nada a molestar. Le conozco y sé que es empalagoso... Lo de hoy... Lo de hoy no lo había hecho nunca.

—Ha conseguido asustarme —sonrió Verónica—. Pero ya pasó...

—Por cierto. —Helga parecía ya más serena—. ¿Me buscaba a mí?

—Sí, sí... —adujo Marc—. La vimos y la llamamos, pero usted

no oyó. —¿Me vieron subir?

Asintieron.

—Entonces me oirían hablar con Mariano.

—Pues no —mintió Marc—. No... No la volvimos a ver.

—Pudieron haber dado la luz... ¡Claro! No sabían dónde estaba el conmutador... Bueno... Siento otra vez todo lo que ha ocurrido. Hablaré con el señor Bretchmann, se lo aseguro y preferiría que... que olvidasen este asunto.

—Está olvidado —aseguró Verónica ya con expresión absolutamente normal.

—Bueno, como pensábamos salir esta tarde, queríamos preguntarle a qué hora será la cena.

Antes de que Helga pudiera contestar sonó un teléfono. Tanto Verónica como Marc trataron de buscar el aparato.

Estaba en la pared, en un rincón. Era un supletorio que tomó Helga.

—¿Diga? Sí, aquí es... ¿Eh? Sí, sí... Desde luego, un momento.

—Y ante el estupor de la pareja, Helga alargó el auricular a Verónica:

—Para usted. Es una llamada del exterior.

—¿Para mí? —Miró a Marc y acabó tomando el auricular mientras Helga decía:

—Ha dicho la señorita Verónica.

—¿Diga? —inquirió.

Tuvo que repetir para que una voz contestara desde el otro lado del hilo.

—Váyanse ahora que todavía pueden hacerlo —y colgó.

La visión de un aparecido no hubiese causado mayor efecto en la muchacha.

Se quedó varios momentos con el auricular pegado aún en la oreja, a pesar, de haber escuchado el chasquido indicador de que la línea se había cortado.

CAPÍTULO XVIII

Marc miraba a través de la ventana del «cuarto de descanso» que efectivamente se abría sobre el claustro.

—Quizá deberíamos oír este consejo, Verónica —murmuró.

Ella estaba sentada en el diván, pensativa, aún con la impresión de la voz del teléfono.

—¿Piensas abandonar?

—No. Pero sería mejor que tú te marcharas.

—¿Temes por mí?

—En estos momentos, sí.

—La amenaza es por los dos.

—Una mujer normalmente suele ser más frágil.

—No me voy, Marc, si tú no abandonas yo tampoco. Ahora sabemos que pisamos terreno seguro. El misterio de lo que ocurrió a Luc está aquí, entre estas paredes y seguramente el dinero también...

—Sí. Estoy convencido, pero tenemos que luchar contra algo intangible... Si supiéramos quién es y dónde se esconde... Pero lo malo es tener que vérselas con alguien que parece invisible...

Ella se estaba quitando el jersey medio destrozado por el ataque del subnormal.

Marc la observó un momento y tuvo una idea.

—¡Vamos! —exclamó.

Poco después y en el automóvil de Marc, ambos bajaron rápidamente el sendero que conducía al pueblo. El ulular de la tramontana arrastraba gran cantidad de polvo impidiendo la visibilidad.

—Suerte que ya empiezo a conocer un poco esta carretera —sonrió Marc.

El auto bordeaba las curvas pendiente abajo. A veces las casas del pueblo se vislumbraban entre la nube de polvo. El ruido del

fuerte viento podía oírse incluso en el interior del automóvil que Marc conducía con seguridad.

—¿Dónde vamos tan aprisa? —inquirió ella.

—A encontrar a Mariano. Donde sea.

—¿Para qué?

—Ese hombre debe de saber cosas... Y las dirá... Tendrá que decírlas.

—Preferiría no volverle a ver.

—Si le encontramos, Verónica, procura ser simpática con él.

—¿Estás loco?

—Tienes que hacerlo. Yo estaré cerca de ti... Estoy seguro de que puede informarnos de algo importante... El tiene más amistad con Helga de la que ella ha querido dar a entender.

—Ahora parece que todo estaba claro.

—Antes no te fiabas de esa mujer.

—Ni me fío ahora tampoco.

—Escucha, Verónica, hay un detalle que tal vez te ha pasado inadvertido.

—¿Qué detalle? —preguntó ella con interés.

Marc seguía atento al apenas visible camino, aceleraba, tenía prisa.

—Cuando fingiéndose presa de una gran excitación le dijo al subnormal delante de nosotros que se fuera...

—Creí que iba a golpearle —murmuró Verónica.

—¿Sí, eh? Pues yo diría que todo fue una comedia.

—¿En qué te fundas?

—Mira, nosotros somos franceses y dominamos más o menos el español. ¿Es así, eh?

—Sí.

—Pero si tuvieras que hablar de prisa con alguien, presa de una excitación... ¿Crees que te saldrían las palabras en un idioma extranjero?

—Pues...

—Tú estarás hablando en español o esforzándote en pronunciar el chino pongo por ejemplo, pero si algo te indigna, si tienes que emplear palabras extrañas a una conversación normal, no te saldrán. ¡Las pronunciarás en tu idioma!

—Creo que empiezo a comprender dónde quieres ir a parar.

—Helga estaba excitada, pero supo decir las palabras precisas en un idioma que también le es extraño. Lo usa para hablar con nosotros porque confesó que no conocía el francés.

—Sí, claro...

—Y lo hizo, Verónica, para que nosotros lo entiendiéramos perfectamente.

Ella dudó un poco y alegó.

—Bueno. Si lo hubiese dicho en alemán, el subnormal tampoco se hubiese enterado.

—Eso no importa. Alguna palabra se le habría escapado por lo menos en su idioma. Habría pronunciado un popurrí de frases, pero no lo hizo y pienso que toda su indignación fue un puro camelo, para que no dudásemos de su buena fe...

—Tal vez... Sí, tal vez tengas razón —y quedó mirándose a Marc cuando ya habían llegado al pueblo sin novedad, a pesar de la marcha suicida que habían llevado.

Entraron en una taberna. La misma de la mañana. Eran cerca de las tres.

Unos albañiles habían concluido la comida y se disponían a ir al trabajo, había lugareños que tomaban el café o leían el periódico para matar el rato.

Marc ocupó el mostrador y alzó la voz.

—Estoy dispuesto a recompensar con mil pesetas a quien me diga dónde puedo encontrar a ese subnormal llamado Mariano.

Las palabras de Marc produjeron sistemáticamente un intercambio de miradas entre la concurrencia.

CAPÍTULO XIX

Marc aumentó hasta dos mil pesetas su oferta.

—Bueno. No es que por ese precio no queramos ayudarle, pero esta mañana ya le dije que era difícil saber dónde se mete este tío —dijo uno de los albañiles de la obra donde se habían detenido unas horas antes.

Gente del pueblo metió baza en el asunto.

—Es un tipo raro —murmuró un hombre con cara de antiguo pescador, era ya bastante viejo, delgado, pero conservaba aún parte de su vigor. Tan pronto se va como vuelve. A veces pasamos largas temporadas sin verle. ¿Verdad, Mercedes?— comentó con la que parecía ser la propietaria del bar.

—Sí, sí... Va y viene. No está nunca en el mismo sitio.

—¿No es de aquí? —preguntó Marc.

—No. De aquí, que sepamos, no... Apareció el año pasado, estuvo varios días, se ofreció para hacer trabajos a cambio de la comida —dijo la del bar—. Luego se marchó otra vez. Y le volvimos a ver por el verano, pero entonces no podía fijarme mucho porque con los turistas no damos abasto en el trabajo.

—Pero ahora está aquí —insistió esta vez Verónica—. Y en algún lugar debe de estar.

Intervino el albañil repitiendo lo que había manifestado por la mañana.

—Prueben en las barracas de los campos cercanos a la carretera.

—Ya lo hemos mirado esta mañana —murmuró Marc y sacó dos billetes de a mil pesetas del bolsillo y se abanicó con ellos para añadir—: Quisiera encontrarle hoy mismo.

Uno picó:

—Bueno, por ese precio. Tomaré la moto y me daré una vuelta. Esperen aquí. Pero no les aseguro nada. ¿Eh? Y si pierdo horas de trabajo y luego resulta que Mariano no aparece...

—Usted búsquele —insistió Marc.

—Bueno, chicos, la cosa creo que vale la pena —dijo el albañil guiñando el ojo a sus compañeros. Otro se ofreció también.

—Yo también tengo una moto. Le buscaré.

—Vamos, Verónica. Nosotros no nos cruzaremos de brazos. Echaremos una ojeada.

—¿Tan importante es para usted ese hombre? —preguntó el viejo pescador.

Marc inventó una excusa razonable:

—Parece ser que habló con un amigo nuestro, uno que perdió la cartera y gratificó a Mariano por habérsela encontrado.

Como era la historia que había oído unas horas antes, la excusa quedó perfectamente verosímil y no hubo necesidad de nuevas explicaciones.

Luego empezó la búsqueda. Los albañiles motorizados fueron cada cual por su lado, mientras Marc y Verónica en el auto trataban igualmente de encontrar al subnormal.

—Ahí tiene, las dos mil pesetas que prometí —dijo Marc ofreciendo al albañil que acababa de facilitarle la información.

—Ya sabe. Está en la cabaña que hay debajo del puente junto al cañaveral. Al menos estaba allí cuando pasé por la parte alta —dijo el obrero.

—¿Le ha dicho que le buscaba?

—No. No. Yo no he hablado con él. Dese prisa. No está lejos. En cinco minutos puede llegar. Siga por ahí.

Y le indicó uno de los senderos que convergían en el cruce donde el motorista se había encontrado con Marc para darle la noticia del hallazgo de Mariano.

—¡Vamos allá! —dijo Marc poniendo en movimiento su coche.

Verónica a su lado estaba deseosa de llegar al final de aquel asunto y si el camino para ello era hablar con el subnormal estaba dispuesta a hacerlo.

Siguiendo las indicaciones del albañil, llegaron hasta el camino vecinal donde se hallaba el puente, en cuyas inmediaciones Marc detuvo el coche. Salió y asomó.

Abajo, cerca de un riachuelo, a unos cincuenta metros estaba la barraca y el cañaveral.

No tardó en ver a Mariano aparecer y sentarse cerca de la orilla

silbando una tonadilla.

Marc tomó a la muchacha del brazo y ambos descendieron por un caminito.

Al aproximarse al vagabundo, éste les vio y se levantó desconfiado.

—¡Un momento! —gritó Marc.

Le alcanzaron, mientras el subnormal permanecía inmóvil.

—Bueno, amigo —siguió Marc recobrando la normalidad de su respiración—. No voy a hacerle nada. Lo de antes está ya olvidado. ¿De acuerdo?

Mariano no contestó, pero miraba a ambos lleno de desconfianza.

—Escucha... Estoy seguro de que quieres ganarte algunas pesetas. Tengo unos bonitos cromos para ti. —Y Marc sacó del bolsillo un paquete bastante abultado de billetes de a mil.

Mariano agrandó los ojos pero siguió en su mutismo.

—Te daré lo suficiente para una temporada... Pero debes decirme algunas cosas de aquella casa. Del monasterio. Ya sabes... Si no lo haces te quedarás sin dinero y además se lo diré al dueño. De que estás de acuerdo con el ama de llaves y te quedas a dormir por las noches, cuando no está. Y de que atacas a las mujeres.

—¡No! —exclamó quedamente Mariano y negó rotundo con la cabeza.

—¿Estás dispuesto a ayudarnos?

De pronto el rostro grotesco y barbudo de Mariano cambió. Se enterneció su mirada y sonrió a Verónica, con extraña dulzura.

—Mariano —adujo Marc cortando el breve silencio—. En esa casa estuvieron dos personas. Ambas eran amigos míos... Tú debiste de verlas.

El subnormal giró la cabeza bruscamente hacia Marc al que miró con cierto odio, pero en seguida rectificó su actitud y siempre en silencio volvió a contemplar a la muchacha.

—¿No quieres hablar?

Mariano asintió lentamente.

—¿Bien...?

Pero Mariano siguió con su actitud contemplativa, como si sólo estuviese presente Verónica.

—¿Prefieres decírselo todo a ella? —inquirió Marc.

El subnormal asintió frenéticamente.

—Está bien. Ella no te guarda rencor. ¿Sabes? Háblale. Yo me iré. Os dejaré solos.

Confío en ti... Sé que en el fondo eres una buena persona.

Verónica lanzó un suspiro. No le gustaba la idea de quedarse sola con aquel tipo.

—Me voy. Si ella me dice que le has contado lo que quiero saber, vendré y te daré... dos mil pesetas. ¿De acuerdo?

De pronto el gesto de Mariano se volvió sombrío como si algo le asustara, y comenzó a negar con la cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Marc.

Mariano despegó los labios y al fin como si le costara gran trabajo hablar contestó con voz muy queda.

—Ahora no... Esta noche. Aquí. Ella... Ella sola. A las nueve.

—Pero... —empezó Marc.

Mariano volvió la espalda y se metió entre los setos junto al cañaveral.

—Tiene miedo... Tiene miedo de algo —murmuró Verónica.

—Es posible, pero hablará. Ahora sería inútil. Esos tontos son cerriles y desconfiados y muy tercos. Vamos. Creo que hemos hallado el camino.

De regreso Marc aclaró:

—De todos modos yo te acompañaré. Me quedaré oculto en el porche por si ocurre algo, pero no lo creo. Contigo hablará... Debes procurar vencer tu repugnancia... ¡Ah! Y ponte faldas. Seguro que le gustarás más.

No. A Verónica no le gustaba aquello, pero estaba dispuesta a llegar hasta el final.

CAPÍTULO XX

Cenaron a las siete de la tarde. Helga se mostró como desde el primer momento había sido habitual en ella: intentando ser amable, pero sin perder aquella enigmática dignidad.

—¿Les divirtió el paseo? —había preguntado.

—Aquí hay poco que ver, y con este viento no apetece alejarse del coche.

—Tienen razón. El viento es lo peor de esta comarca... No obstante espero que la señorita se encuentre más sosegada. Ahora ya sabe que no tiene nada que temer... de la casa —puntualizó mirando a Verónica con una sonrisa.

—No es que sea miedosa, pero esta tarde...

—Comprendo y nunca lamentaré bastante la actitud de ese desgraciado, pero quiero decir que para su tranquilidad todo ha quedado explicado... Era él quien empujó las puertas para que se cerraran. Rondaba por la casa y quiso divertirse asustándola, pero ya no volverá a ocurrir.

Sí. Todo estaba resuelto en apariencia. Los golpes de las puertas habían sido obra del anormal pero... ¿y los anónimos?

¿El que recibió Verónica antes de emprender el viaje? ¿Y el que halló Marc en la cama...? ¿Y la llamada telefónica?

Naturalmente alguien hubiera podido contestar a aquellas preguntas.

Ya no se volvió a hablar de Mariano durante la cena, luego Helga, tras el café, anunció:

—He recibido una llamada del seriar Bretchmann, tendré que dejarles solos porque me ha pedido que haga un encargo urgente. Saldré ahora mismo, no tardaré mucho.

—¿Le ha dicho cuando regresaría? —preguntó Marc.

—El señor Bretchmann retrasará un poco su vuelta. No ha podido precisar cuánto tiempo, pero ha manifestado su deseo de

que les salude de su parte. En seguida preguntó por usted, señor Constantine. Le dije que no estaba y me encargó le saludara en su nombre a usted y a la señorita.

Saludó con la cabeza y añadió:

—Bueno. Ahora les dejo solos. Saben que pueden considerar esta casa como suya propia. Son los deseos del señor Bretchmann.

Y Helga se marchó. La vieron salir con un coche «Mercedes», matrícula de Alemania. La observaron tras los cristales del salón. Se miraron.

—Ahora es un buen momento para recorrer la casa —propuso Marc.

Sin saber por qué Verónica sintió un escalofrío. Estaban solos, sí. Pero... ¿auténticamente solos?

Aun así procuró serenarse y hacer gala de todo su valor.

—Esto es enorme y no sabemos del tiempo que podemos disponer. Hay muchos sitios que registrar. Cada cual que tome un camino distinto.

—Por mí me parece buena idea —repuso él—. ¿Por dónde empezamos?

—Yo iré por el claustro... Acuellas puertas cerradas...

—¿Y cómo piensas abrirlas? —preguntó Marc.

—No sé. En algún lugar deben estar las llaves... Tal vez en el despacho de Bretchmann...

—Te acompaño.

—No. Tú empieza ya. Cada minuto cuenta y no sabemos cuándo regresará Helga.

Marc asintió. Verónica buscó el despacho del dueño de la casa. La puerta estaba sin echar la llave. Le fue fácil penetrar, encender la luz.

La estancia tenía las mismas características del resto de la casa. A excepción de la electricidad era como si el tiempo no hubiese pasado dentro de aquellas paredes de piedra.

Los muebles, oscuros, comprados seguramente en una tienda de antigüedades, si no pertenecían a la época de la primitiva construcción del cenobio, al menos daban la impresión de cosa vieja, austera, de otro tiempo, de otro siglo.

Verónica abrió los cajones del despacho uno a uno. Libros de notas, papeles, diseños para futuras edificaciones, nada parecía,

tener un valor positivo, al menos para lo que Verónica buscaba y quería descubrir.

Sólo estaba cerrado el cajón central, lo forzó y al no ver el modo de abrirlo buscó un clip de su cabello y lo introdujo en la cerradura.

Forzó durante algún tiempo hasta oír el chasquido. ¡Lo había conseguido!

Abrió el cajón. Lo primero que vio fue una pistola. Una «Luger». Una libreta con notas de gastos. Habían muchos números de cuatro y cinco cifras escritos. Entradas, salidas, gastos...

Fue al fondo del cajón. Allí habían algunas llaves en un manajo. Tres en conjunto. Eran de cerraduras conocidas por el nombre de «Yale».

Ya tenía lo que buscaba... O al menos eso pensaba Verónica.

Corrió para dirigirse hacia el claustro. Estaba completamente a oscuras y perdió algún tiempo buscando un conmutador de la luz. Cuando lo encontró todo quedó iluminado de una manera indirecta, como era norma en la casa. Luces escondidas, resaltando la piedra y dando al conjunto aquel sempiterno aspecto lúgubre.

Fue directamente a la puerta que estaba cerrada y probó una llave. No funcionó.

Intentó con la segunda y el corazón le dio un vuelco cuando observó que la cerradura giraba.

Abrió y sintió aquel cosquilleo en su columna vertebral que ya empezaba a hacérsele familiar. Su corazón parecía acelerar ante la oscuridad de una sala que llevaba a lo desconocido.

Marc, por su parte, había elegido el desván. Recorrió todo el lugar, penetró en la estancia donde había estado el vagabundo subnormal y encontró un jergón y ropas usadas como si realmente Mariano hubiese pernoctado allí más de una vez.

En su búsqueda halló también una prenda que no correspondía al vagabundo.

La tomó en sus manos y arqueó las cejas. Se trataba de... una prenda íntima femenina.

—Helga y... —se dijo a sí mismo.

Continuó su búsqueda, sobre todo puso su atención en los objetos que estaban tapados con lienzos para preservarles del polvo.

Tomó un cuadro y observó que carecía de firma. Era una cosa vulgar, no correspondía a una casa donde todo había sido tan

severamente seleccionado. Quizá por ello estaba en el desván.

Siguió su inspección hasta la puerta por la que había marchado Helga aquella tarde cuando él y Verónica siguieron al ama de llaves y se encontró ante una escalera que descendía por el exterior.

Entretanto Verónica había traspuesto el umbral de aquella puerta. Había tanteado la pared en busca de un conmutador para dar la luz y cuando lo encontró y lo pulsó, una pequeña bombilla colgante del techo mal iluminó el recinto.

No había nada y sí se notaba una gran humedad que contribuyó a aumentar los escalofríos de la muchacha.

Al fondo en un rincón había una puerta. Avanzó hacia allí y se encontró con la escalera que conducía al subterráneo.

Empezó a bajar hasta la puerta. Peldaño a peldaño la luz superior quedaba difuminada. Cuando se halló ante la puerta casi no veía.

La puerta estaba cerrada y echó mano de las tres llaves para probar si nuevamente la suerte la favorecía.

Sí. Una de las llaves correspondía a la cerradura que tenía ante sí.

La puerta gruñó cuando Verónica la empujó hacia dentro.

La humedad era más penetrante y Verónica sintió que se helaban los huesos.

Tanto silencio la impresionaba, más aún que la falta de luz.

No encontró conmutador alguno, y buscó en el bolsillo delantero de su pantalón. Allí guardaba las cerillas. Encendió una y la llamita fosforescente no sirvió de gran cosa.

La escalera continuaba hasta tres peldaños más abajo.

Aun sin verlo totalmente, tuvo la sensación de hallarse en algo parecido a una antigua mazmorra, un lugar propio para ejecutar torturas o encerrar a los presos.

Avanzó...

Al fondo, adosados a la pared había algo, como unos muebles que a la sombra de la débil llama agigantaron sus formas.

Esta vez fue de verdad el viento del claustro que llegó hasta la puerta y la empujó con su fuerza invisible cerrándola de un portazo.

La cerilla se apagó en sus manos y ella. —Verónica— estuvo a punto de lanzar un grito espontáneo.

¿Había sido en verdad el viento?

Entonces, en la oscuridad, empezó a escuchar unos golpes indefinidos, luego al cabo de unos segundos comprobó que aquellos golpes se hacían más nítidos, como si se acercaran... sobre su cabeza.

¡Eran pisadas!

Se acurrucó contra la pared y el frío húmedo de las piedras le heló la sangre.

Los golpes o pisadas se detuvieron de pronto.

Verónica no se atrevía siquiera a respirar.

CAPÍTULO XXI

El «Mercedes» matrícula alemana ascendía por el sendero camino del cenobio.

Los faros iluminaron perfectamente la explanada al otro lado de la verja.

Marc se hallaba en la escalera exterior. Su situación, gracias a un desnivel de la construcción, permitía atisbar parte del patio del lado frontal. Así pudo ver perfectamente los focos del auto.

Bajó rápidamente y llamó:

—¡Verónica! ¡Verónica!

No recibió respuesta alguna.

El final de la escalera conducía a un pequeño patio y a través de un corredor cerrado por una puerta se llegaba al claustro. La puerta carecía de llave y Marc pudo atravesarlo sin dificultad, cuando el «Mercedes» cruzaba ya la verja y se detenía momentos después.

Helga bajó del coche para ir a cerrar la puerta.

—¡Verónica! —siguió llamando Marc.

El silencio persistía y tuvo que bajar la voz para que sus gritos no llegaran hasta el ama de llaves que en ese momento cerraba la verja.

—¡Verónica! —Ahora estaba ya próximo a la puerta por la que la muchacha había entrado. La luz procedente de la bombilla que colgaba del techo continuaba abierta.

Marc entró y se dirigió hacia la escalera descendente situada en el ángulo.

Helga miró hacia la casa, pero antes de dirigirse a ella, abrió la puerta trasera del coche y sacó una caja bastante abultada y que parecía pesar bastante.

La dejó en el suelo y abrió el portaequipajes para sacar otra caja parecida.

Marc bajaba la escalera llamando una vez más a Verónica.

De pronto la puerta se abrió.

Pálida y jadeante apareció la muchacha.

—¡Date prisa! Helga acaba de llegar. Hay que cerrar esto...

Ella apenas podía moverse.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, Marc... Nada. Vamos arriba.

—De prisa. Entrará y comenzará a buscarnos... Las llaves, dámelas, las devolveré a su sitio. ¿Dónde las encontraste?

—En el cajón del escritorio. Tuve que forzarlo.

Salieron. Él cerró rápidamente.

Helga entró en la casa y miró como si esperara encontrar a la pareja en alguna parte.

Dejó la caja en el suelo y se fue a por la otra.

Marc y Verónica corrían por el claustro hacia la puerta que daba acceso al interior de la casa.

Helga venía cargada con la segunda caja.

—¡Allí está el despacho! —indicó Verónica.

Marc corrió hacia la dependencia indicada advirtiéndola:

—Entreténla...

Helga entró y dejó la caja en el suelo junto a la otra con actitud fatigada.

—¡Uf! Cuánto pesa...

—¿Quiere que la ayude?

—No es necesario. Lo dejaré en un rincón. El señor Bretchmann ya dirá dónde hay que colocarlo.

—¿Qué es?

—Esculturas... Pequeñas esculturas. Las tenía un transportista en Figueras. Está a veinticinco kilómetros.

—Se ha dado usted prisa. Sólo son... —consultó el reloj—. Faltaba un cuarto de hora para las nueve y pensó en su cita con el subnormal.

—A estas horas y en esta época se corre bien, sobre todo si se conoce el camino.

¿Dónde está el señor Constantine?

—Ha ido a...

—Aquí estoy. —Marc salió sonriente aparentando absoluta normalidad y añadió—: Bueno, iremos a esa taberna que tanto te gusta... Es temprano aún para acostarse.

—Si es verdad —murmuró Verónica. Era la excusa para salir de la casa.

Helga sacó una de las esculturas de la caja que habían llegado protegidas con abundante paja. Era un busto hueco que dejó sobre la misma caja.

—Que se diviertan —deseó Helga.

Verónica y Marc salieron al exterior y fueron hacia el coche.

—Démonos prisa —dijo él. Luego en el coche sacó unos recortes de periódico del bolsillo y los entregó a la muchacha.

—Toma. Son las fotos que salieron publicadas de Julien Decaux. Tienes que preguntarle si conoce a ese hombre, si le vio en la casa... ¿Tienes tú algún retrato de Luc?

—Sí, tengo uno en el bolso.

—Muéstraselo también. Insisto en que el subnormal debe saber bastantes cosas y tú puedes conseguir que te las diga. ¡Oh! No te has puesto la falda.

—¿Tan importante crees que es esto?

—Es un subnormal sicópata y le gustan las piernas de las chicas. Bueno, en eso estamos de acuerdo, porque a mí también.

—No sé cómo tienes ganas de bromear —repuso ella.

Marc parecía muy tranquilo, ella estaba más angustiada que otras veces, como si fuese consciente de un inminente desenlace y ese desenlace le daba pánico.

Antes de llegar, Marc preguntó:

—¿De veras no encontraste nada en aquel subterráneo?

—No tuve tiempo, oí unos ruidos.

—¿Ruidos?

—Eran tus pasos seguramente, pero desde allá abajo todo resuena mucho.

—Esas edificaciones antiguas son un misterio —sonrió él.

Enfilaban ya uno de los senderos del llano en dirección a los sembrados, luego se desviaron hacia el camino del puente. Allí debía esperarles Mariano, pero...

El coche se detuvo en el cruce y Marc lanzó una maldición.

—¿Qué ocurre? —murmuró ella cuando vio que el motor fallaba a pesar de los intentos de Marc.

—¡Maldita sea! Eso sólo le ocurre a los novatos.

—¡Oh! —repuso ella dándose cuenta del indicador de la gasolina

—. Falta combustible. —Con tantas idas y venidas no se me ocurrió llenar el depósito... Estoy realmente en la luna...

—¿Y dónde encontraremos un surtidor? A estas horas y en este lugar.

—Bueno... Tengo una lata en el portaequipajes. No tardaré.

Salió para recoger la lata del portaequipajes, cuando a lo lejos y por uno de los polvorientos senderos apareció un automóvil.

—Viene hacia aquí —dijo ella.

—¿Y qué? —sonrió él sacando la lata.

Los faros del auto se aproximaron hasta unos cincuenta metros, después el vehículo tomó otro camino.

—Tranquila, Verónica... No ocurre nada, no estamos haciendo nada malo...

Ella estaba nerviosa.

Marc tardó algunos minutos en vaciar la lata al tanque del coche. Luego la metió nuevamente en el portaequipajes y en seguida se puso al volante.

—Son las nueve —dijo Verónica consultando el reloj.

—En cinco minutos o menos habremos llegado. No te preocupes. Tu apasionado enamorado te estará esperando.

Marc detuvo el coche a la entrada del primitivo pucote y dijo:

—Llévate el revólver y la linterna... Si ocurre algo hazme señales. ¿Eh? El arma es sólo para un caso apurado, pero espero que no ocurra nada. De todos modos yo estaré aquí. Voy a dejar encendidas únicamente las luces de situación.

Verónica lanzó un suspiro para infundirse ánimos. Su rostro se mostraba totalmente sereno aunque la procesión iba por dentro. Escondió el revólver entre el pantalón y el jersey, era un arma relativamente pequeña —calibre veintidós con tambor— pesaba poco.

—Suerte —fueron las últimas palabras de Marc, y la vio descender por el sendero.

La silueta de la muchacha en la oscura noche desapareció. La única guía de Marc era la luz de la linterna con la que ella se alumbraba.

Verónica había llegado ya a la parte baja y bordeaba el río, notando como la humedad del lugar penetraba a través de sus ropas hasta llegarle al cuerpo.

Siguió imponiéndose a sí misma entereza y serenidad.

Cuando estaba ya cerca del lugar donde había quedado citada con Mariano se detuvo y describió una parábola con la linterna intentando localizar al subnormal.

—Mariano... Soy yo —dijo en voz baja, y tuvo que repetirlo sin hallar respuesta alguna.

Anduvo unos pasos y examinó el terreno siempre ayudada por la luz.

—¡Mariano! —repitió, y en seguida quedó clavada en el suelo, sus ojos se dilataron mientras su mirada quedaba fija en la orilla, en un punto determinado.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja. Enfocó la linterna hacia el bulto que había descubierto y lanzó un grito de terror.

Allí, en el suelo boca arriba, completamente inmóvil y con los ojos desmesuradamente abiertos había el cuerpo de un hombre.

¡El subnormal!

Estaba muerto.

Se volvió y echó a correr de nuevo hacia el sendero del lado del puente.

Marc bajaba precipitadamente.

—¡Verónica! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Dios mío! Es espantoso... Está muerto. Está muerto.

CAPÍTULO XXII

Marc se había acercado, pero los faros de un coche lejano llamaron la atención a la pareja.

—No conviene que nos vean aquí —dijo él.

Corrieron hacia el coche y él lo puso en marcha.

—Sólo le he visto un momento —comentó Marc—. Y parece que tenía una mancha de sangre en el pecho.

—Tenía un cuchillo clavado... Yo sí que lo he visto, Marc... Un cuchillo, le han asesinado para que no pudiera hablar con nosotros.

Las luces del coche que habían visto las tenían ya prácticamente detrás.

Marc pisó a fondo.

—Espero que no identifiquen el coche, no me gustaría verme envuelto en esto. Si interviene la policía comenzarán a hacer preguntas y esto es algo que no nos conviene... Al menos tal como están las cosas.

El otro coche se detuvo antes de llegar al puente y apagó los focos. Marc le miró a través del retrovisor. Ella también se volvió hacia atrás.

—Le han asesinado antes de que pudiera hablar con nosotros —murmuró Verónica—. Y ese coche...

—Creo que no nos ha visto. Iremos directamente a casa.

Tras un largo silencio ella comentó:

—¿Quién más excepto tú y yo sabía que teníamos una cita con ese hombre?

—Los albañiles y la gente de la taberna sabían que le buscábamos.

—De acuerdo, pero nadie sabía que él nos había citado a las nueve.

—No...

—Tal vez Helga pudo seguimos... Cuando se fue esta tarde. Dijo

que había ido a Figueras, pero...

—¿Piensas que pudo ser ella?

—Ella o...

Verónica no continuó. El se volvió ligeramente y presionó:

—Sigue. ¿Si no ha sido Helga quién más pudo ser?

—Hay otra persona, Marc. Otra persona...

No hicieron más comentarios y al llegar a la casa dejaron el automóvil fuera y pasaron al interior donde todavía había luz.

Encontraron a Helga leyendo un libro en el salón. Les saludó echándose para arriba las gafas.

—¿Se han divertido? —inquirió tranquilamente sin moverse del sitio.

—¿Cree que hay algún sitio donde uno pueda divertirse aquí? —terció Verónica.

—Por eso me quedo en casa —sonrió Helga.

—¿Y... no se ha movido... en absoluto? —Siguió Verónica.

—Desde que regresé de buscar esos bustos no... ¿Por lo pregunta?

—¡Oh, por... nada!

—¿Quieren acostarse? Si necesitan algo ya lo sabéis...

—Tomaré un vaso de leche —murmuró Verónica haciendo intención de dirigirse hacia la cocina.

—¡Yo se la serviré! —Y Helga se puso en pie de golpe.

—No se moleste. Sé dónde está la cocina —insistió Verónica.

—No es molestia. Es mi obligación. Por favor. Váyanse a la cama... Y felices sueños.

¡Ah! Llamaré antes de entrar. Buenas noches.

Más que una invitación era como una orden. Así sonaba la voz del ama de llaves.

—Vamos, querida —rogó Marc aproximándose a su acompañante—. Helga quiere cumplir bien con todos sus deberes, y se excede en ello. Buenas noches.

Subieron la escalera. Verónica sintió frío y no era exactamente a causa de la temperatura ambiente de la casa.

Aquellas paredes, la luz, el misterio, todo invitaba sentir frío.

Recorrieron el pasillo hasta sus habitaciones.

—¿Por qué crees que no ha querido que vaya a la cocina? Trata de poner algo en la leche... —dijo Verónica cerca de la puerta de la

habitación.

—No la tomes por si acaso.

Abrió la puerta y luego entraron cerrando con un pasador. Verónica lanzó un suspiro.

—¿Quieres que me quede en tu habitación...? Dormiré en el sofá, por supuesto. Verónica se encogió de hombros. Abrió el bolso y sacó el revólver del «22» que el propio Marc le había facilitado.

—Consévalo.

Hubo un silencio. Verónica no lo resistió y acabó gritando:

—¡Mariano sabía algo! El había visto a Julien Decaux... ¡Y a Luc! Estoy segura.

—Ahora ya no vale la pena devanarse los sesos pensando en ello. Está muerto.

—Hemos fracasado, Marc.

—Si quieres podemos marcharnos mañana.

—Quisiera conocer a ese Bretchmann...

—Vivir aquí puede ser peligroso. Créeme.

—¿Te parece?

—Ya han ocurrido bastantes cosas. Un asesinato, y los anónimos, la llamada telefónica...

Ella guardó silencio que fue interrumpido por los golpes en la puerta.

—Soy yo —dijo la voz de Helga.

Llevaba un vaso de leche en la mano y una botella de *whisky*.

—La leche —e indicando el *whisky* lo ofreció a Marc—. Y esto para usted, por si tiene costumbre de beber antes de acostarse. Hay vasos en el armario del baño. Buenas noches.

Les miró complacida como una buena anfitriona miraría con satisfacción a sus felices invitados, sólo que, al menos por parte de Verónica, no existía el menor signo de felicidad.

Helga se acercó a la puerta, se oyó un ruido indefinido. Algo que había resonado en algún lugar de la casa. Luego el golpe de una puerta al cerrarse.

Instintivamente Verónica que estaba sentada al borde de la cama pegó un salto y mostró sorpresa y temor.

—¿El viento...? —inquirió Marc con marcada intención.

—No sé... —murmuró Helga.

—O acaso ese vagabundo subnormal —siguió Marc como

lanzando un tiro al azar.

—Le dije que no volviera... Discúlpennme, iré a ver. Y tranquilícense. Les aseguro que nadie les molestará. Pueden cerrar por dentro. —Y Helga desapareció de la habitación.

Verónica y Marc se quedaron mirando. La pregunta flotaba en el ambiente: Si el subnormal estaba muerto... ¿Quién más rondaba en la casa?

CAPÍTULO XXIII

Marc había salido al corredor y permaneció ausente varios minutos, mientras Verónica quedó sola con el revólver en la mano, encerrada en la habitación.

El llamó de nuevo anunciándose.

—Abre.

Entró y añadió:

—No hay luces. Creo que se ha ido a dormir. Apaga tú también.

—¿Qué piensas hacer?

—Cierra todo bien. Yo daré una vuelta por la casa. Ella tragó saliva.

—Si permaneces encerrada aquí no te ocurrirá nada. Verónica aún dudó.

Fue entonces cuando el timbre del teléfono sonó como un trueno en mitad de una noche en calma.

Tras el sobresalto fue ella quien tomó el auricular.

Una voz queda, al otro lado del hilo, murmuró entre jadeos:

—Habéis tenido tiempo suficiente para marcharos...

Ella quedó tan estupefacta como la primera vez que había oído aquella voz.

—¡Oiga! ¡Oiga! —insistió.

Colgaron. Ella lo hizo también. Marc no hizo ninguna pregunta. Había comprendido lo ocurrido.

—Siguen queriendo asustarnos. Bien. Seguiré con mi plan. Ocurra lo que ocurra, mañana por la mañana nos marcharemos de aquí. A menos que... quieras irte esta misma noche. Podemos, ir a Figueras. Es la ciudad más próxima...

—No, Marc. Creo que... que en mi situación cualquiera estaría asustada, pero he seguido hasta ahora y continuaré hasta el final. No se atreverán a hacernos nada.

—«Se... ¿atreverán?» —repitió él en forma de pregunta.

—Quienquiera que sea. Lo saben. Saben por qué hemos venido... Helga no está sola. No lo está.

—Averiguaré quién está en la casa. Haz lo que te he dicho. No te muevas —le guiñó un ojo para infundirle ánimos. Luego se dirigió hacia la puerta, miró por el corredor. Estaba oscuro por completo. En la casa se respiraba el más absoluto silencio.

Se despidió con un ademán y salió para avanzar lentamente. Ella corrió junto a la puerta y la cerró.

Permaneció inmóvil, con la espalda pegada a la puerta. No se oía nada, ni siquiera el ulular de la tramontana que azotaba el exterior. Se hubiera sentido bien allí dentro, de no ser por la tensión en que vivía, por el misterio en que se veía envuelta, por el miedo a... lo desconocido. Consultó su reloj. Eran las diez horas y veinticinco minutos.

Eran las 10,25 en el hotel Crepúsculo de Palamós.

Situado en plena bahía, el Crepúsculo en invierno era una inmensa mole de frío cemento, oscura por la ausencia de luces en sus terrazas. Era como una sombra gigantesca que contribuía a hacer más sombría la escasamente iluminada bahía en la noche negra.

Por el paseo no circulaba nadie. La gente del pueblo se había encerrado en sus casas desde hacía tiempo, y en el hotel apenas quedaban clientes.

En una de las escasas habitaciones ocupadas, una muchacha se mostraba extremadamente nerviosa.

Se sobresaltó al oír el ruido del timbre del teléfono y acudió a contestar la llamada.

Era una chica joven, agraciada. Verónica la hubiera reconocido en seguida, porque se trataba de Dorien, la novia del autor del robo: Julien Decaux.

—¿Diga? —inquirió como si temiese hablar en voz alta, y en seguida al reconocer la voz de su comunicante añadió—: ¡Ah! ¿Es usted? Sí... Sí... ¿De dónde llama?

Una voz que hablaba igualmente en tono muy bajo respondió:

—No hagas preguntas y sigue mis instrucciones. ¿De acuerdo?

—Pero... ¿A estas horas? —inquirió ella.

—Tiene que ser ahora —repitió la voz.

—¡Oiga...!

—Dorien... Haz lo que convinimos... Adiós.

Alguien colgó. Había llamado desde algún lugar oscuro y continuó moviéndose en la oscuridad.

Desde el lugar donde estaba escuchó pasos y aguardó unos instantes. Luego se apoyó en una puerta y esperó. Entretanto se colocó un cigarrillo en los labios.

Aplicó la llama de un encendedor de gas. La luz reflejó las principales facciones del hombre.

Verónica y Marc también lo hubiesen reconocido al instante: Era *monsieur* Durant.

¡El director de la compañía de seguros filial del Banco que había asaltado el difunto Julien Decaux!

CAPÍTULO XXIV

Habían transcurrido unos diez minutos desde que Verónica se quedó sola en la habitación.

Aquella espera le resultaba extremadamente angustiosa, o tal vez llevaba algo dentro de su pensamiento algo que la impulsaba hacia fuera.

Abrió la puerta y se enfrentó con la oscuridad.

Creyó escuchar algún ruido propio de la noche Quizá un mueble que gruñía. Procuró amoldarse a las circunstancias y andó sin utilizar ninguna linterna, tanteando la pared, avanzando hacia la escalera.

Una luz extraña surgía de algún lugar, una luz que se nacía más visible a medida que la muchacha iba avanzando.

Se detuvo para aguzar los oídos. Nada llegó hasta ellos, como si estuviese en una casa completamente desierta, deshabitada.

Llegó a la escalera y observó que la luz provenía de abajo, surgía el resquicio por el umbral de algún paso. No sabía exactamente de dónde.

Continuó su aventura y comenzó a descender los escalones. Llevaba puestas unas zapatillas para impedir que los tacones al chocar contra el suelo de piedra repiquetearan. Descendió.

Ahora la luz ya era suficiente para ver dónde pisaba. Vio también el hueco por donde salía la inesperada iluminación y al llegar a la planta baja observó que se trataba del umbral que daba acceso a las dependencias de servicios.

Aguantando la respiración se coló por el paso y avanzó despacio. Creyó oír un murmullo de voces y se detuvo al instante ahogando una exclamación que pugnaba por escapársele de la garganta. ¡En la cocina había alguien...!

El murmullo se le hizo más patente aún sin poder entender ni una sola palabra de lo que allí se hablaba.

Continuó pegada a la pared hasta que oyó un leve ruido, como el retirar de una silla, luego silencio.

Al fin la luz se apagó y volvió a quedar sumida en la oscuridad con un nudo en la garganta.

«Vendrán». «Se acercarán...». «Me descubrirán». «¿Quién puede ser?». Eran pensamientos que se acumulaban en su mente en plena tensión.

Seguía el silencio.

¿Quién estaba hablando?

Tenía una sospecha, una leve sospecha, pero no podía confirmarla.

El terror la atenazaba, pero ese mismo miedo la impulsaba a seguir, pese a hallarse sola, pese al continuo escalofrío que no dejaba de recorrer todo su cuerpo.

No avanzó nadie hacia ella y sus ojos volvieron a acostumbrarse a la negrura absoluta y avanzó. Avanzó de nuevo hacia la cocina.

Al llegar a la puerta se detuvo en el dintel y aguzó el oído.

Nada. Los que habían permanecido allí ya no estaban.

Entró ella y buscó el conmutador de la luz. No se decidía a accionarlo...

«Si entra Helga le diré que he venido a buscar más leche...» — pensó en esa excusa y se decidió al fin.

La luz inundó la amplia cocina.

Sus ojos se agrandaron.

Había un plato en la mesa. Alguien había estado comiendo y bebiendo una botella de buen vino francés.

No había nadie no obstante, sólo una puerta entreabierta. Avanzó hacia ella y se encontró con una salida al exterior. ¡El claustro!

Los que habían estado allí salieron por el claustro...

Miró en derredor. No se veía nada. Todo seguía igual de oscuro, igual de siniestro.

Avanzó pegada a la pared, con la impresión de estar viviendo un sueño, una pesadilla...

Más que andar flotando entre nubes, pero aquellas nubes eran de terror, de pánico.

¿Sería capaz de llegar hasta el final?

¿No habría sido mejor esperar a que los acontecimientos se

desarrollaran por sí solos?

¿Por qué precipitarlos?

Algo le decía sin embargo que el final estaba allí muy próximo. Casi tan próximo como la puerta que ella había cruzado horas antes después de tomar las llaves de la mesa del despacho del señor Bretchmann.

Sí. Estaba junto a la puerta. Tomó el pomo y lo giró. ¡Estaba abierta!

¡Alguien había penetrado en aquel subterráneo! ¡Quizá estaba allí en aquel momento!

El corazón le dio un vuelco.

Tenía que seguir, tenía que seguir...

CAPÍTULO XXV

Ni la propia Verónica sabía cómo había conseguido llegar hasta la escalera que ahora estaba descendiendo, percibiendo el olor de humedad. ¡Y sintiéndola en sus huesos!

La obsesión de que la puerta que estaba al final de la escalera estaba igualmente abierta era un acicate más, algo que la excitaba a pesar del miedo.

Seis escalones, cinco, cuatro... Uno a uno los iba descendiendo para llegar hasta el final.

La luz seguía obsesionándola. ¡Había alguien! Había alguien allí, entre las frías y mojadas paredes.

Tres escalones, dos.

Pronto saldría de dudas...

Aguzó el oído una vez más, evitó respirar, temía que cualquier suspiro pudiese delatar su presencia y que los latidos de su corazón que amenazaba con salirse del pecho la traicionaran.

Dos escalones, uno...

¡Ya estaba tras aquella puerta entornada!

La luz era débil, pero suficiente para ver dónde ponía los pies. Ella ya había estado en aquel sitio poco antes... Sabía donde iba...

Empujó levemente la puerta que gruñó y se detuvo. Pasó la cabeza entre el vano y la madera. Estaba todo como antes. Bultos, jarras, viejos toneles. Aquello era una mezcla de bodega y de desván...

Empujó un poco más y esa vez los goznes no gruñeron.

Seguía conteniendo el aliento, deslizándose los pies para no traicionar su presencia.

Se colocó por fin.

Todo era fantasmagórico, alucinante... Más por el fondo que por la forma. Eran las circunstancias las que creaban aquellas imágenes terroríficas en la mente de Verónica.

Continuó avanzando algo más confiada. El subterráneo era inmenso y la bóveda estaba sujeta por viejas columnas.

Agrandó los ojos, oteó todo lo que pudo mientras avanzaba.

Creyó oír un ruido y automáticamente se apoyó en una columna y esperó.

Un ratón pasó veloz ante ella y se tapó la boca para evitar que un suspiro retumbara por todo el ámbito a causa del extraño eco.

Volvió a ponerse en movimiento hacia donde estaban las tinajas y los toneles.

Se volvió. Seguía estando sola en el subterráneo.

Sus manos buscaron una de las piedras de la pared y sin demasiado esfuerzo la retiró. Quedó un hueco considerable, por donde introdujo una mano. Hundió casi todo el brazo y sacó una cartera de mano bastante grande. Lo dejó sobre el tonel y lo abrió.

Del interior de la cartera surgieron varios fajos de billetes del Banco de Francia. Eran papeles de mil, de quinientos y de cien francos.

Volvió a poner la mano y sacó otra cartera parecida, La abrió igualmente y surgieron otros fajos de billetes.

Entonces surgió la voz a su espalda, una voz queda, suave que sin embargo le dio el mayor susto de toda la noche.

—¿Lo sabías, verdad? ¿Sabías que estaba aquí? —dijo la voz.

Verónica viró en redondo y vio la figura seria, grave de Marc.

—No —murmuró—... No lo sabía. Yo lo supe esta tarde, cuando entré.

—¿Esta tarde? —inquirió él avanzando unos pasos.

—Sí, Marc... Yo lo supe esta tarde. Pero ¿y tú...? ¿Cuándo lo supiste tú?

—No hace mucho. Anda, cojámoslo. Ahora ya tenemos lo que buscábamos.

Larguémonos. Luego ya vendrán las explicaciones si... si es que hay algo que explicar.

—No, Marc... No acabo de comprender tu actitud... —Ni yo la tuya, Verónica. Pero aquí no es sitio de discutir. Ambos hemos averiguado lo que queríamos, pero debiste decírmelo, Verónica...

Ella guardó silencio. El tomó una de las carteras y puso los fajos que la muchacha había sacado y añadió:

—Debiste decírmelo en Francia, cuando viniste a buscarme para

que te acompañara.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabrás, Verónica... Sabrás por qué te mandaste los anónimos a ti misma...

—¿Eeeh?

—No soy ningún imbécil, Verónica. Sé lo que me digo. Fingiste que alguien quería meterte miedo. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste esta comedia conmigo?

Verónica tragó saliva.

—¿No quieres contestar? ¿Prefieres acaso que lo haga yo mismo? Bien, Verónica, hasta el último momento pensé que me equivocaba con respecto a ti... Una chica como tú no podía...

—¿No podía qué...?

—Sabías que yo era amigo de Luc. Que él habló conmigo en varias ocasiones, sabías también que ya habías planeado venir aquí, antes de que a él le mataran... Yo podía abrirte las puertas de esta casa por mi amistad con Bretchmann y tú...

—¡Basta, Marc! Basta... —Se sentó en una de las piedras y ocultó la cabeza con las manos. Verónica era la estampa de la mujer vencida.

CAPÍTULO XXVI

—He sido una estúpida... Una grandísima estúpida —se lamentó.

El se aproximó y trató de acariciarle el pelo.

—¡No! No me toques... Sé que éste no es mi trabajo. Confié demasiado en mí misma... Pero no era ésa la escena que yo había imaginado.

—¿Qué quieres decir?

—Tenías que ser tú quien cogiera el dinero. Tú y tu cómplice, esa Helga que no hace mucho estaba contigo en la cocina.

—Pero... ¿de qué habías?

—Yo también me resistía a creer que pudieras ser tú el cómplice, Marc, pero te elegí para descubrirte, para desenmascararte. A mí nunca me ha importado realmente el dinero sino descubrir al asesino de Luc...

—¡Verónica!

—Tenía que esconderme aquí y encontrarte con las manos en la masa. Eso es lo que deseaba porque tú «tenías que saber dónde estaba ese dinero». «Tú».

—¿Que yo...? ¿Y por qué yo? —Marc parecía estupefacto. O fingía muy bien o es que estaba realmente asombrado de las deducciones de su acompañante.

—Julien Decaux tenía un cómplice. Luc me lo dijo.

¿Comprendes? Luc intentó decirme la verdad y le mataron...

—¿Qué te dijo exactamente Luc y cuándo te lo dijo? —El mismo día que le asesinaron fingiendo que había sido un accidente...

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Que el cómplice era la persona que menos podía imaginar... Tuvo que colgar porque alguien se acercaba. Me dijo que sólo podía confiar en mí...

—¿De modo que... desde el primer momento...? ¡Dios mío!

¡Desde el primer momento creíste que yo era cómplice de Julien Decaux... y que de un modo u otro había tenido que ver con el asesinato de Luc!

Verónica le miró fijamente, atenta a las menores reacciones del hombre.

—¡Oh, Verónica! Esto es absurdo... ¡Absurdo!

—¿Absurdo? Tú eras su amigo. Incluso le habías ayudado a veces. ¿Por qué no confió en ti ese descubrimiento? Lógicamente hubieras podido hacer más.

—Porque ese día yo estaba fuera por asuntos de trabajo.

—¿Sí, eh? Sin embargo cuando yo vine a buscarte estabas preparando tus maletas. Me dijiste que te ibas de viaje, pero en realidad te ibas a España. Lo sé... Te ibas a España. Querías tomar un avión. Incluso tenías el pasaje. ¡Niégalo! Me enteré por casualidad, pero lo supe...

—Claro —sonrió Marc—. Y sospechando que además de ser cómplice de un ladrón y de un asesino quisiste ir conmigo.

—Para desenmascararte y tener la prueba.

—Mi pobre Verónica... Hemos estado sospechando el uno del otro como vulgares aficionados que somos. Sí. Yo iba a España. Iba a España por esa razón. Toma. Lee.

Sacó del bolsillo una carta y la entregó a la muchacha, que leyó un tanto confusa:

«Apreciado Marc: Ya sé que tienes tu propio trabajo y que sueles estar ocupado, pero para el asunto que me ha traído a España necesitaría ayuda. Una especie de anzuelo para que pique el pez que espero. Ésta es una historia que riéte de las películas policíacas, además, te necesito por tu amistad con Bretchmann. Llámame tan pronto como recibas estás líneas al hotel Unión que es donde me hospedo. De esto no digas absolutamente nada a nadie tanto si aceptas como si no. Y menos a Verónica en el caso de que os vierais».

La firma era de Luc.

Verónica quedó confusa. Marc aclaró.

—Como puedes ver por la fecha, esta carta la mandó al día siguiente de haber llegado a España, pero yo no la recibí hasta

bastante más tarde por la sencilla razón de que no estaba.

—Entonces...

—Pienso —siguió Marc— que a Luc debió extrañarle no recibir respuesta mía y en última instancia cuando se vio en peligro quiso comunicar a alguien de su confianza sus descubrimientos y sólo en ese momento decidió llamarte a ti por teléfono.

—Tal vez... —Y cavilando en lo ocurrido en aquellos días, Verónica añadió—: Pudo haber advertido al señor Durand, pero... creo que el día que me llamó tampoco estuvo en todo el día.

—Entonces era cierto. ¡No tenía a quien recurrir!

—¡Un momento! Esto no está claro... —adujo ella recordando algo más.

—¿El qué?

—Yo hice aquellos anónimos... quizá fue una chiquillada, pero quería que tú los vieras y pensaras que alguien más podía estar en el asunto y eso te daría prisa en recuperar el dinero que Julien Decaux había escondido en alguna parte...

—Pero ya te dije que...

—Déjame continuar, Marc... ¿Y las llamadas telefónicas? Ésas no las hice yo, Marc... Y el vagabundo... ¿Por qué le mataron? ¿Y quién le mató?

CAPÍTULO XXVII

¿Quiénes y por qué habían matado al vagabundo?, había preguntado Verónica.

Marc tomó una de las carteras con el dinero y del bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta sacó un revólver.

—¡Marc! —gritó ella.

Entonces surgió la voz de Helga, de la parte más oscura del subterráneo.

—Suelte ese revólver, Marc. Tire la cartera y levante las manos. ¡Usted también, Verónica! ¡Hagan lo que les digo y háganlo ahora mismo...! Podría disparar y dejarles muertos aquí mismo hasta que sus cuerpos se pudrieran, nadie les descubriría jamás... Ya han comprobado que hay mil escondrijos en este lugar.

El chasquido de un cargador al ser montado en el interior de una pistola automática reforzó la orden de Helga que medio apareció en la penumbra.

Marc obedeció, soltando primero la cartera y después el arma, ambas cosas al suelo.

Se volvieron lentamente y Helga se hizo más visible.

—Muy bien... No creíamos que llegaran a descubrir el dinero. Esto ha sido su perdición, amigos... No teníamos nada contra ustedes, excepto su maldita curiosidad... Y la curiosidad casi siempre es peligrosa... Hay muchas viejas leyendas que lo atestiguan.

—Siempre imaginé que usted tenía algo que ver en todo esto, Helga —adujo Verónica, y ahora ante un peligro inminente, tangible y real no parecía tener ni un ápice de miedo.

—¿Se cree muy lista, verdad? —sonrió el ama de llaves.

—Desgraciadamente no tanto... como quisiera, porque usted no lo hizo todo sola, ¿verdad?

—No, por supuesto.

—Déjeme que adivine. Julien Decaux llegó al pueblo, era amigo de Bretchmann y pretendió esconderse en el castillo, pero Bretchmann olió el asunto. Cuando Luc perseguía a Julien y éste se despeñó por la carretera, decidieron quedarse con el dinero, pero luego quedaba Luc. Sabían que él seguiría investigando y que podría llegar a descubrir dónde estaba el dinero y por eso decidieron eliminarle.

—¡Qué imaginación más feraz! —se burló Helga.

—Por eso no hemos visto nunca a Bretchmann. Pero siempre ha estado en la casa. Lo de su viaje era mentira...

—Antes —interrumpió Helga— preguntó usted por las llamadas telefónicas... Fueron cosa «Nuestra». Queríamos evitar que llegaran hasta ese extremo... Si nos hubiesen hecho caso...

Marc miró en derredor. Alzó la voz y gritó:

—¡Bretchmann! Ya puedes salir... Ya no es necesario que sigas escondiéndote. ¿Me oyes, Bretchmann? Sal, y arreglemos esto...

No hubo respuesta. Helga seguía con el arma manteniendo y dominando la situación.

—¡Bretchmann! —insistió Marc buscando una salida, un modo de ganar tiempo, de discutir la situación hartamente comprometida tanto para él como para Verónica.

Entonces de la parte opuesta de donde se hallaba Helga surgió una nueva voz.

Una voz también conocida de ambos...

—¡Pobre Bretchmann! Se fue a reunir con Luc... No le echarán de menos. Salía muy poco y cuando lo hacía era para realizar largos viajes... No. No investigarán su muerte, al menos en mucho... mucho tiempo...

Lentamente la voz se fue acercando y una figura salió de entre la sombra de las columnas y siguió hablando.

—Bretchmann y su auténtica ama de llaves. Tuve suerte... La había despedido dos días antes y escribió cartas a Alemania en busca de sustituta... En el pueblo saben que hay una sustituta y saben que la anterior se despidió. Así que todo... sigue en nuestro favor... ¡Oh! Es claro que Helga no llegó contestando ningún anuncio. Es... una vieja amiga mía, querido Marc... Una excelente colaboradora y menos estúpida que Dorien...

La silueta había surgido por completo, y Verónica observó con

horror la figura de... ¡Mariano! El vagabundo subnormal.

Pero su voz era la de alguien muy distinto al vagabundo y se expresaba en un francés correctísimo.

CAPÍTULO XXVIII

Mariano, se quitó la melena, las lentillas de contacto, la barba que le daba el aspecto deseado, las cejas igualmente falsas y por fin alisó su cabello.

—¡Julien! —exclamó Verónica.

Marc guardó silencio. Antes de que concluyera de quitarse el disfraz ya había reconocido al que un día fue su compañero: Julien Decaux, el hombre que había robado al Banco, el hombre al que todo el mundo creía muerto en accidente.

Sonriente murmuró:

—Como «Mariano» no podía hablar mucho, a pesar de que domino bien la lengua de este país, a veces un leve acento puede traicionarte... Y decidí desaparecer por segunda vez... para ver sí, por lo menos a Verónica le entraba el miedo y se largaba. De veras... No me gustaba la idea de causaros daño...

—Ya has matado a dos personas, Julien —murmuró Marc.

—Pero muy finamente, tanto que es imposible que se pueda descubrir. No olvidéis que oficialmente estoy muerto. ¡Oh! Os aseguro que era imprescindible... ¡Ah! Y no fueron dos, sino tres.

Julien parecía jactarse de su hazaña. Hablaba con la pasmosa naturalidad que le daba saberse dueño y señor de la situación.

Como un paranoico que necesita autoensalzarse para que los demás admiren su inteligencia siguió hablando.

—Veréis... Mi plan era simplemente esconderme en esta casa. Bueno, sólo temporalmente. En realidad únicamente quería llegar hasta aquí para dejar el dinero. Era el mejor Banco. Luego largarme con otro aspecto hasta que el asunto quedara olvidado, pero a veces incluso los buenos planes puede mejorarlos la suerte... Y así me ocurrió a mí.

Hizo una pausa, fue hacia la cartera que Marc había dejado en el suelo; la tomó, sacó un fajo de billetes y se abanicó con ellos.

En realidad no hice el trabajo solo... No es que no me atreviera. No. Tampoco necesitaba a nadie para el golpe. Lo necesitaba para después. Lo venía planeando desde hace más de un año... Por eso hice aparecer a «Mariano» para que la gente comenzara a familiarizarse con él. «Mariano» era poco hablador, hacía tonterías porque era tonto y bebía cuando tenía dinero. A veces «Mariano» desaparecía una temporada... La gente tenía que acostumbrarse a esas ausencias, luego regresaba de nuevo y así iba pasando el tiempo hasta que llegó el momento previsto para realizar el golpe.

—¿Y ese otro cómplice? —interrumpió Marc.

—No te impacientes. Todo llegará... Veamos... Para convertirme en «Mariano» no tenía ningún problema puesto que la gente ya me conocía y la Guardia Civil me dejaba en paz porque yo nunca organizaba escándalos... Pero me faltaba algo importante y era que Julien Decaux desapareciera. Muerto. Sin lugar a dudas. De ese modo me dejarían en paz...

Marc comenzó a adivinar la verdad, pero dejó que fuese el propio Julien quien continuara:

—Y es ahí donde necesitaba mi cómplice. Un cómplice que nadie supiera de él, por eso en todo momento hice que se creyera que el robo lo había cometido yo solo... Pues bien. La cosa era sencilla, finjo un accidente, quemo el cadáver..., de mi cómplice por supuesto, y dejo que todos piensen que soy yo. Ésta es mi muerte oficial y resucité como «Mariano» y para divertirme utilizo cualquier personalidad. Esto no es difícil y menos con dinero, pero hete aquí que surge Luc detrás mío. Entonces yo me escondo, busco un buen escenario y me dispongo a representar la función con el mejor de los testigos: «Un detective privado que será quien mejor podrá dar fe de mi muerte».

Marc y Verónica cambiaron una mirada entre sí. En el colmo del cinismo, el asesino continuó con la mayor frialdad no exenta de sarcasmo.

—Aquella tarde salí con mi cómplice. Le maté en el coche, un buen golpe bastó, luego le rocié con gasolina y le cubrí con una manta. Todo el rato fui con él. Estaba a mi lado. No había riesgo. ¿Por qué? Llevaba un bulto que a nadie le importaba. Luc estaba en el hotel Unión. Dejé que me viera y que me siguiera. Le tomé la suficiente delantera y al llegar a esa parte del camino carente de

visibilidad, salí del coche, saqué la manta, prendí fuego y empujé. La suerte me acompañó incluso al estallar el tanque.

»Me fue bastante fácil camuflarme entre la maleza. Cuando Luc llegó vio el coche ardiendo mientras se hundía en la ciénaga. Ardió un buen rato... Y Luc lo vio. Vio un cuerpo quemándose sin poder hacer nada...

—Pero Luc debió sospechar la verdad —adujo Verónica.

—Creo que de momento no. Fue después... Cuando vino a ver a Bretchmann para hacerle algunas preguntas.

—¿Qué pasó? —quiso saber Marc.

—Bretchmann me había visto. Sí. Fue el único error. Desde arriba: Lo vio todo y tuve que matarlo. Mientras Helga me ayudaba a enterrarlo apareció Luc. Fue un descuido. La puerta estaba abierta y se metió en la casa. Cuando nos dimos cuenta de que había alguien ya era demasiado tarde. Me había visto. Fue solo un momento, pero estoy seguro que me vio.

Intervino Verónica para recordar:

—Debió ser cuando me llamó por teléfono.

—Sí. Estaba llamando por teléfono cuando le sorprendí en el hotel.

—¿En el hotel? —preguntó nuevamente Verónica.

—Salió rápidamente del monasterio —explicó Julien con la misma frialdad de siempre—. Yo no tenía tiempo de disfrazarme. Helga le siguió.

—No me vieron entrar ni salir. Así que subí y le mostré esto —e indicó el revólver.

Recordando la escena. Helga relató lo ocurrido:

«—Un amigo suyo quiere verle. Así que será mejor que pague la cuenta y diga que ya ha terminado su estancia aquí —le dije.

»—Pensaba hacerlo de todos modos —me contestó con una sonrisa—. No hace falta que me muestre sus credenciales:

»—Le espero fuera, en su coche. Está frente al hotel. Pida la cuenta ahora y por teléfono. Luego salga y vaya directamente al auto, si se le ocurre alguna tontería “esto” funcionará». Y Helga continuó:

—Debo confesar que no me dio ningún problema.

Y Julien añadió:

—La verdad es que estaba muerto de curiosidad. Por eso quiso

volver aquí aun a riesgo de su vida.

—¡Canallas! ¡Los dos! —espetó Verónica.

—Bueno. Murió sabiendo la verdad, como vosotros... El resto fue fácil; un accidente.

—Un accidente en el que nadie ha creído, Julien —adujo Marc. El ladrón se encogió de hombros.

—¿Y qué? Jamás podrán probar quién lo hizo.

Avanzó un poco más.

—¿Y nosotros... cuando pase el tiempo y no regresemos? —inquirió Marc.

—Nadie sabe dónde estáis si no me equivoco... Helga y yo hicimos varias llamadas a vuestras casas, al Banco, a las amistades. Las respuestas han sido siempre las mismas: No sabemos. Marc, oficialmente está de viaje; Verónica ha cambiado de empleo y se ha tomado unas vacaciones... Ni siquiera el señor Durand sabe la verdad. Pero si las cosas se pusieran mal... ¿Qué? Helga y yo vamos a largarnos una temporada...

Lentamente sacó el dinero de la cartera y entonces tomó uno de los bultos que Helga había llevado aquella misma noche. Puso los fajos dentro y añadió:

—Ahora se tapa con yeso, se pule un poco y... Mañana ya estará seco. No es un sistema muy original, pero para transitar por el país sirve...

—¡Julien! —llamó Helga. Y con la cabeza indicó a la pareja.

—¡Ah, sí! Bueno... De momento que se queden en la cueva. Acompañaos.

—¡Siganme! —Obligó Helga con la pistola.

Era inútil negarse. Les encañonaba a distancia con mano firme y su frialdad parecía aún más peligrosa que la actitud de Julien.

Les mostró la puerta. Era de gruesa madera. Al otro lado había un par de escalones que conducían a una especie de mazmorra, más húmeda todavía y sin ninguna ventana para respirar.

—¡No! —gritó Verónica—. Quieren encerrarnos aquí para siempre.

—¡No quiero!

Bastaba ver la gruesa cadena, el hermetismo de la puerta. ¡Era como sepultarles en vida!

—¡Basta de histerismos! —exclamó Helga y sus ojos brillaron

con extraño fulgor. Un fulgor de muerte.

CAPÍTULO XXIX

Helga empujó a la muchacha con tanta fuerza, que rodó por los peldaños hasta caer en las piedras húmedas del piso de la mazmorra.

—¡Basta! —exclamó Marc a su vez y aprovechando la oportunidad mínima, pero única que la ocasión le permitió se agarró el brazo armado de la mujer y se lo retorció.

Helga tenía más fuerza de la que parece normal en una mujer y aun trató de volver el arma contra Marc.

En el forcejeo sonaron dos disparos que retumbaron por toda la bóveda.

Julien no intervino. Miró la escena divertido. Ellos dos. —Marc y la falsa ama de llaves— seguían forcejeando. Marc no tuvo más remedio que golpear a su antagonista con el puño alcanzándole el mentón y lanzándola al interior de la mazmorra.

Se revolvió para observar a unos tres metros a Julien sonriendo.

—¡Se acabó! —exclamó Marc con el arma en la mano.

—¿De veras? Puedes disparar cuánto quieras. No te van a oír... ¡Ah! Y son sólo balas de fogueo. Lo había preparado. Yo no dejo nada al azar.

Instintivamente Marc disparó al suelo. A los pies de Julien.

Efectivamente no surgió ningún proyectil.

—¡Maldito...! —Hizo intención de abalanzarse sobre él, pero Julien esgrimía ya un «Colt» automático.

—Se acabó la fiesta. ¡Vamos! Tú también entrarás allí. ¡Los tres!

—¡Julien! —gritó Helga desde la mazmorra.

—No me importa en absoluto esa mujer. ¿Sabes, Marc? Yo sólo utilizo a la gente cuando la necesito... Uno no puede fiarse más que de sí mismo.

—¿Por eso querías tener cerca a Dorian? Para utilizarla también. ¿Eh?

—Claro. Era para que supierais dónde estaba y preparar el escenario de mi final... Mi vida la quiero vivir a mi antojo, con quien quiera. No me gustan las ataduras, por eso nunca hago promesas... ¡Vamos! ¡Dentro!

Marc retrocedió. La expresión de Julien era cruel, inflexible.

—¡Dentro! —repitió.

Mientras Marc iba retrocediendo, Helga en la mazmorra se hallaba sentada en el suelo, anonadada por lo que acababa de escuchar.

—Canalla, ruin... —murmuraba entre dientes.

Cerca estaba Verónica. Tenía algo que hasta aquel momento no tuvo tiempo de utilizar. La pequeña pistola que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. La sacó.

Marc estaba cerca de la puerta.

—Durand sabe la verdad... Le llamé por teléfono. Le di estas señas... No tienes escape, Julien.

—¿Qué? ¡Mientes! —exclamó.

—Le llamé esta tarde... Sé que vendrá... ¡Con la policía, Julien! Puede que ya esté en la casa.

Julien perdió el control por primera vez. Fue solo unos momentos, se revolvió inquieto. Y Marc se jugó el todo por el todo, saltó sobre él y forcejeó para arrebatarle el arma.

Le golpeó mandándole contra el suelo, pero su antagonista seguía con el «Colt» automático. Marc saltó sobre él y rodaron los dos por la piedra húmeda del piso.

Verónica surgió en el umbral esgrimiendo su pequeña pistola, pero no podía disparar. No podía hacerlo sin riesgo de herir a Marc.

Y los dos hombres se habían incorporado ya haciendo colosales esfuerzos para tomar ventaja.

Helga observó el revólver de Verónica y saltó sobre ella como una gata en celo.

—¡Dame eso!

Verónica se había dejado sorprender, no obstante se resistió.

—No... ¡No! —gritó.

Marc no podía ayudar tampoco a la muchacha porque bastante tenía con la lucha a muerte que sostenía con su enemigo. El más leve fallo iba a ser el fin.

Con una buena llave Julien consiguió apartar de sí a Marc, pero

éste se rehízo y logró a su vez conectarle un buen directo.

Julien cayó al suelo a alguna distancia, el «Colt» estaba muy cerca de él. Lo había perdido al fin, pero lo recuperó antes de que Marc pudiera impedirlo. Se retrasó unos pasos dispuesto a disparar.

Marc se echó al suelo. Verónica lanzó un grito:

—¡Cuidado!

Sonó un disparo.

Julien se quedó con el revólver en la mano como si repentinamente hubiese visto algo fantástico que le impidiera reaccionar. Sus ojos aumentaron de tamaño y se tambaleó.

Todo sucedió en cuestión de segundos. Marc observó entonces la mancha roja del pecho que se iba agrandando.

Julien quiso decir algo, pero cayó de bruces, sujetando con fuerza el «Colt» automático.

Helga, la autora del disparo, tras haber conseguido arrebatar el arma a Verónica, estaba en el umbral de la puerta de la mazmorra con el arma humeante.

Verónica se revolvió nuevamente contra ella y esta vez utilizando toda su fuerza consiguió arrancarle el arma.

Marc había saltado ya hacia el «Colt» de Julien y lo tomaba en sus manos para encañonar al ama de llaves.

Helga rompió en una extraña risa histérica que terminó en un llanto gutural, inhumano.

Entonces del exterior sonaron voces y pisadas.

—¡Ahí abajo! —gritó una voz.

Verónica se encontraba casi sin fuerzas, pero aún pudo llegar junto a Marc y descansar sobre su pecho.

Las pisadas del exterior resonaban cada vez más cerca.

CAPÍTULO XXX

Había llegado, la policía compuesta por números de la Guardia Civil española y agentes de la Interpol.

—¡El santuario está rodeado! —exclamó una voz.

—Ya no hace falta —murmuró Marc—. Todo ha terminado...

Una hora más tarde, después de que los especialistas de la policía tomaran datos para redactar el informe, Verónica y Marc, repuestos ya de la tensión vivida en los últimos momentos se hallaban en el salón principal del monasterio.

El señor Durand entró sonriente. Y Verónica mostró su sorpresa.

—Usted... ¿aquí? —Y mirando a Marc añadió—: Entonces le habías llamado de verdad.

—Lo hice esta tarde, pero no pensé que llegara tan pronto. En realidad cuando lo dije a Julien fue para ganar tiempo.

Durand aclaró:

—Sí, Verónica. Marc me llamó esta tarde dándome relación de lo ocurrido. Temía que el final estaba próximo y no quería correr el riesgo de que los culpables pudieran escapar.

Por su parte Marc aclaró a la muchacha.

—Tú querías descubrir al asesino de Luc, pero yo también. Era mi mejor amigo y siempre pensé que de haber recibido aquella carta a tiempo quizá él estaría vivo ahora.

—Usted no tiene la culpa, Marc —adujo Durand.

Fuera, en la cima del monte había una gran concurrencia de *jeeps*, coches policiales y ambulancias. En una de ellas se llevaron el cuerpo de Julien, mientras un helicóptero se aproximaba al monasterio, haciendo indicación de que pensaba tomar tierra.

Poco después, del aparato, descendía Dorien.

Un agente anunció la llegada de la muchacha con lo cual aumentó la sorpresa de Verónica, pero Durand aclaró:

—Dorien es ahora mi secretaria, y aparte de que yo ignoraba el

tiempo que me llevaría esto, ella también quiso venir. Quería saber la verdad de lo ocurrido a Julien Decaux.

—¿Pero acaso se sospechaba que su muerte había sido falsa?

—En realidad lo supimos ayer. Por las circunstancias de la muerte de Julien, la policía española entró en sospechas y efectuó algunas averiguaciones que en principio no dieron ningún resultado. La víctima, aunque murió carbonizada, tenía algunas partes de su cuerpo totalmente limpias, o sea que el fuego no las había destruido. Era poca cosa y por eso no se llamó a Dorian que era la única persona que podía identificarle ya que Julien no tenía más familia.

»Bien, como parecía ser algo de puro trámite, se evitó a Dorian el trance de tener que investigar unos restos, cosa siempre desagradable, pero cuando el cadáver llegó a París y leí el informe de la policía española le pedí a Dorian que lo identificara. Era un mal trago, que ella aceptó.

»Claro que habían transcurrido ya varios días y si el cadáver se conservaba era gracias a que lo habían embalsamado para poder trabajar en el asunto, ya que tratándose de un súbito extranjero en España, es lógico que la policía de este país tomara cartas en el asunto. Digo esto porque el espectáculo para la pobre Dorian no fue ciertamente agradable.

Tras una pausa prosiguió:

—Julien tenía una cicatriz sobre la rodilla. Una cicatriz que se produjo, al parecer, hace ya bastantes años.

La propia Dorian intervino para corroborar.

—Era una cicatriz profunda en la pierna izquierda. Yo se la había visto en muchas ocasiones, pero aquel hombre no la tenía. No tenía quemada esa parte, pero la cicatriz no estaba. No era la rodilla de Julien.

Y de nuevo fue Durand quien prosiguió:

—Esto, como digo, lo he sabido esta mañana y por la tarde me llama usted explicándome la resolución que tomó de investigar por su cuenta junto con Verónica. Bien, por todo lo que representa para mí este asunto de tantos millones, por la responsabilidad de mi cargo y por no desampararles a ustedes, comprenderán que no iba a cruzarme de brazos. Alquilé un avión-taxi y me acompañaron dos agentes de la Interpol que entienden en este caso. Lo demás ha sido

cosa de ponerse en contacto con las autoridades españolas.

Luego aún dijo:

—Como no era cosa de llamar la atención de los habitantes de la casa, la policía se ha quedado a la espera de nuestro aviso, mientras uno de los agentes y yo nos dirigíamos hacia la casa.

Luego Durand mirando a Verónica añadió:

—La verdad es que me tenías preocupado.

—Todo ha salido bien... en lo que cabe.

—Sí. Fue una lástima lo de Luc, pero el asesino ha pagado y su cómplice... pagará también.

—¿Julien... ha muerto? —inquirió Dorien.

Fue Verónica la que asintió aproximándose a su amiga.

Para romper el silencio, Durand manifestó.

—El agente y yo nos escondimos en un pabellón del santuario. Fue el sitio más idóneo, y se me ocurrió llamar a Dorien para que fuera en busca de un helicóptero que habíamos apalabrado en el aeropuerto de Girona. Pensé que si las cosas iban mal podríamos necesitarlo. Cien millones de francos bien valen la pena. Por cierto, parece que te asustaste cuando te llamé, Dorien.

—No. Estaba pendiente de lo que iba a ocurrir. Presentía algo...

—Podrá llevarse el dinero con el helicóptero —adujo Marc.

—Sí... Y mejor de este modo. Es demasiada tentación, cien millones, y mejor es no llamar la atención ni hacer publicidad... Claro está que ustedes pueden venir también si quieren —y Durand se dirigía a Verónica y a Marc.

Marc insinuó:

—Hummm... tal vez Verónica quiera olvidar esas horas de angustia. Unas pequeñas vacaciones tal vez...

Ella no dijo ni sí ni no.

EPÍLOGO

El helicóptero se había alejado ya por los aires. Lucía el sol y la tramontana soplaba en las playas del norte, pero el coche francés se dirigía a una playa más al sur de la misma costa, buscando un lugar tranquilo de veras, una pequeña cala rodeada de auténtica paz, un hotel solitario.

Sí. Ella había aceptado las pequeñas y bien ganadas vacaciones y ahora ya no tenía que sentir recelo de Marc.

—¡Pensar que me he pasado muchas horas dudando de ti...! Sin embargo cuanto más lo pensaba, más cuesta arriba se me hacía.

—Menos mal que no me considerabas un «malo» integral.

—Pero tú también dudaste...

—Un poquito...

—Cuando no te dije que había descubierto el dinero... dudaste más.

—Bueno, así estamos en paz... Pero conste que yo también lamentaba que pudieras ser...

La rodeó con el brazo libre mientras conducía con el otro. No había necesidad de seguir hablando de «aquello».

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



